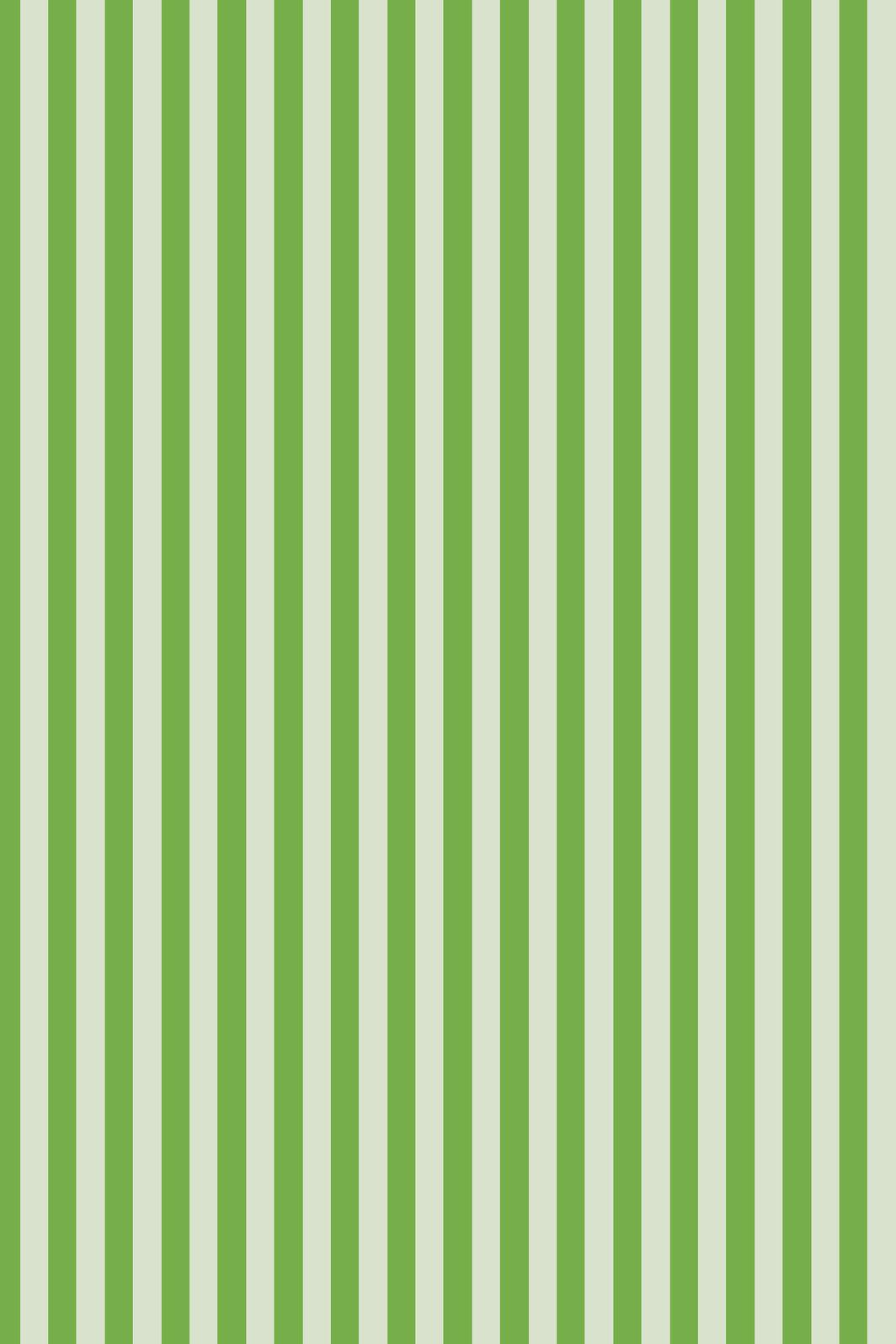




GEUP
GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO





LAS CRÓNICAS DEL 10

Cali y Nápoles: Maradona de ida y vuelta

VIII Feria Internacional del Libro de Cali
Napoli Città Libro

FILCALI 2023
FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE CALI

GEUP
GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

USC
UNIVERSIDAD
SANTIAGO
DE CALI

UNICATÓLICA
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA CATÓLICA
UNIVERSIDAD DE CALI

ESCUELA MILITAR DE AFILIADOS
LA ESCUELA MILITAR MINUTO DE DIOS

**Editorial
Universidad
Icesi**

**UNIVERSIDAD
ICESI**

**Pontificia Universidad
JAVERIANA**
Cali

UNIVERSIDAD LIBRE
COLOMBIA

UNIVERSIDAD LIBRE
VIGILADA MINEDUCACIÓN

UAN
UNIVERSIDAD
ANTONIO NARIÑO

**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

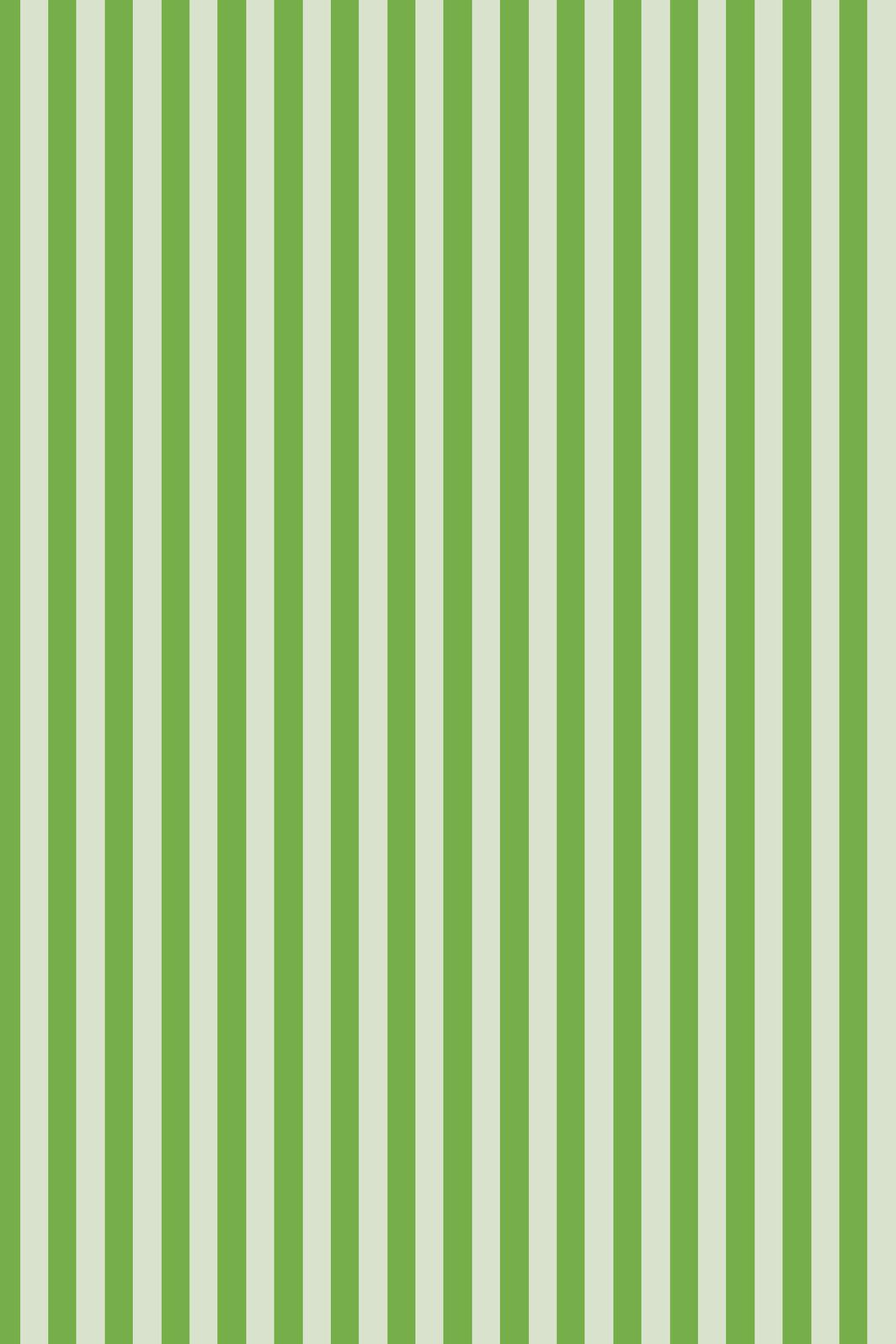
[VIGILADA MINEDUCACIÓN No. 10284-2014]

**Universidad
AUTÓNOMA
de Occidente**

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada MinEducación

**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTUR**

**Universidad
del Cauca**



LAS CRÓNICAS DEL 10

Cali y Nápoles: Maradona de ida y vuelta

VIII Feria Internacional del Libro de Cali
Napoli Città Libro



RAFAEL ARAÚJO • HUGO MARIO CÁRDENAS •
SANTIAGO CRUZ • VÍCTOR DIUSABÁ • FRANCISCO HENAO • CÉSAR POLANÍA •
GERARDO QUINTERO • CARMEN ANDREA RENGIFO • MARÍA FERNANDA JARAMILLO

FILCALI²³
FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE CALI

GEUP
GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

USC
UNIVERSIDAD
SANTIAGO
DE CALI

UNICATÓLICA
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA CATÓLICA
UNIVERSIDAD DE CALI

ESCUELA MILITAR DE INGENIERÍA
LA ESCUELA MILITAR DE INGENIERÍA

UB Editorial
Universidad
Icesi

**UNIVERSIDAD
ICESI**

IPS
Pontificia Universidad
Javeriana
Cali

UNIVERSIDAD LIBRE
COLOMBIA

UNIVERSIDAD LIBRE
VIGILADA MINEDUCACIÓN

UAN
UNIVERSIDAD
ANTONIO NARIÑO

**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

UA
Universidad
AUTÓNOMA
de Occidente

UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Vigilada MinEducación

**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTUR**

**UNIVERSIDAD
del Cauca**

Las crónicas del 10. Cali y Nápoles : Maradona de ida y vuelta / Rafael Araújo [y otros 7]. -- Santiago de Cali : Pontificia Universidad Javeriana, Sello Editorial Javeriano ; Editorial Antonio Nariño, 2023.

88 páginas ; 21 cm

ISBN: 9786287618633

ISBN(e): 9786287618640

1. Periodismo deportivo 2. Crónica deportiva -- Historia 3. Crónicas periodísticas -- Cali (Colombia) 4. Maradona, Diego Armando, 1960-2020 -- Relatos personales 5. Jugadores de fútbol -- Historia 6. Medios de comunicación de masas y deportes 7. Reportajes 8. Periodistas deportivos -- Colombia I Araújo, Rafael II. Cárdenas, Hugo Mario III. Cruz, Santiago IV. Diusabá, Víctor V. Henao, Francisco VI. Polanía, César VII. Quintero, Gerardo VIII. Rengifo, Carmen Andrea IX. GEUP, Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico.

SCDD 070.449796 ed. 23

CO-CaPUJ
lmc/2023

Las crónicas del 10

Cali y Nápoles: Maradona de ida y vuelta

© Rafael Araújo

© Hugo Mario Cárdenas

© Santiago Cruz

© Víctor Diusabá

© Francisco Henao

© César Polanía

© Gerardo Quintero

© Carmen Andrea Rengifo

© María Fernanda Jaramillo

Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP)

Archivo Histórico de Cali

Red de Bibliotecas Públicas de Cali

Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero - Valle del Cauca

Gestión editorial

Pontificia Universidad Javeriana, Cali y Universidad Antonio Nariño

Diseño de colección

Editorial Bonaventuriana

Diseño de carátula

Kevin Nieto Vallejo

ISBN: 978-628-7618-63-3

ISBN(e): 978-628-7618-64-0

Formato: 14x 21 cms

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio repográfico, sin la autorización escrita de los editores y de los propietarios del *copyright*. Las imágenes en esta publicación fueron proporcionadas por el autor, por lo que declara tener la autorización para otorgar su uso.

Primera edición, octubre de 2023.

Edición especial para la Feria Internacional del Libro de Cali 2023.

Publicado en Colombia / *Published in Colombia*

Contenido

PRÓLOGO POR PAOLA GUEVARA, DIRECTORA DE LA FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE CALI	11
YO NARRÉ EL MEJOR GOL DE MARADONA POR RAFAEL ARAÚJO GÁMEZ	13
NACIDO EN ARGENTINA Y CONSAGRADO EN ITALIA, PERO REPARADO EN COLOMBIA POR HUGO MARIO CÁRDENAS LÓPEZ	17
YO ATAJÉ EN EL DEBUT DE MARADONA EN CALI Y EN NÁPOLES POR SANTIAGO CRUZ HOYOS	24
EL DIEGO EN CALI, UN SUEÑO DE ENSUEÑO POR VÍCTOR DIUSABÁ	30
ESPERANDO A MARADONA POR FRANCISCO HENAO BOLÍVAR	35
EL DÍA QUE MARADONA PUDO SER DIABLO POR CÉSAR POLANÍA	45
LOS CANTOS CELESTIALES A DIOS POR GERARDO QUINTERO TELLO	50
EL DIOS POR CARMEN ANDREA RENGIFO	61
EL IO ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO POR: MARÍA FERNANDA JARAMILLO GONZÁLEZ.	75
LOS AUTORES	79

Prólogo

*Por Paola Guevara, directora
de la Feria Internacional del Libro de Cali*

Una Feria del Libro debe ser, también, el lugar donde las ciudades se leen a sí mismas. En 2023 la Feria Internacional del Libro de Cali tiene a Nápoles, Italia, como ciudad invitada, una oportunidad de oro para establecer un cruce entre ciudades que, en este caso, tienen mucho en común.

Cali, como Nápoles, es una ciudad literaria. Cali, como Nápoles, es una ciudad gastronómica. Cali, como Nápoles, tiene una veta cinéfila, musical y artística muy profunda. Cali, como Nápoles, tiene un pasado complejo pero también unas condiciones de luz, clima, color, sonoridad y alegría muy similares; una especie de frenesí por estar vivo, una pasión por la libertad que no pocas veces raya en desorden, pero en todo caso un ADN potente y perfectamente reconocible dentro del país donde estas ciudades del Sur fueron ancladas desde sus orígenes.

Cali y Nápoles son, además, ciudades fútbol, en cuyas tribunas se vive la afición con inusual apasionamiento y fervor. Y es en la figura de Diego Armando Maradona, tan polémica, tan llena de matices, ángulos e historias; tan idolatrada como desdeñada (seguramente con igual justicia), que se establece uno de los interesantes puntos de enlace entre las dos ciudades.

El ídolo indiscutible del Nápoles, para muchos con pies de oro, para muchos con pies de barro; dejó también su impronta en Cali, tema que convierte este libro en una suerte de Selección vallecaucana de las letras.

Las crónicas que leerán a continuación fueron escritas por plumas de primer orden regional. Periodistas con los más altos reconocimien-

tos, narradores formados e informados que mucho han visto y mucho han trasegado, y que en esta edición rescatan del olvido las historias que conectan, como vasos conductores, las venas futbolísticas -pero también humanas, políticas, económicas y hasta jurídicas- de Cali y Nápoles.

Decía al comienzo de este prólogo que una celebración de los libros, como lo es la Feria Internacional del Libro de Cali, debe permitir a las ciudades leerse a sí mismas, saber de dónde vienen, qué raíces las integran, qué influencias las atraviesan, qué migraciones la moldean. Quien transite por las calles de Cali, puede ver la huella de Italia en el Cristo Rey, en los frescos del Teatro Municipal, en la arquitectura del Teatro Jorge Isaacs, el Club Campestre y la Plaza de Toros; en la empresarialidad, la gastronomía, la medicina, las artes, el deporte y la historia familiar de muchos migrantes cuyo aporte generacional integra ese gran todo que es Cali.

Con este libro propiciado por la Feria Internacional del Libro de Cali, con Nápoles como eje y su máximo evento literario Napoli Città Libro como aliado, queremos contribuir a la celebración de las buenas historias que nos vinculan y las, aún mejores, plumas locales. Agradezco a los autores que con enorme generosidad nos comparten estas crónicas-goles. El balón queda, ahora, en la cancha de los que escriben.

Cali, octubre de 2023.



Yo narré el mejor gol de Maradona (Y fue en Colombia)

Por Rafael Araújo Gámez

Nunca pensé que aquel 19 de febrero de 1980 para mí, sería inolvidable. Porque asistiría a un hecho histórico que marcaría por siempre mi carrera periodística. A su vez, creo que, para el protagonista de dicho acontecimiento, tampoco estaba en sus planes de que esa noche también sería inolvidable y así lo manifestó en muchas oportunidades.

Era la época en que grandes equipos llegaban a nuestro país, dentro de la gira que realizaban a principio de año, para su preparación con el fin de llegar a tono físicamente a sus respectivas ligas.

Para tal efecto se organizó un cuadrangular en el Estadio Hernán Ramírez Villegas de la ciudad de Pereira en el que estarían Deportivo Cali, América, Deportivo Pereira y Argentinos Juniors, equipo en el que hacía sus primeras armas el joven mediocampista de 19 años, Diego Armando Maradona.

A la sazón, yo laboraba en el Grupo Radial Colombiano junto con el comentarista Mario Alfonso Escobar, más conocido como el doctor Mao, y teníamos como meta transmitir los partidos que jugaran los equipos de Cali.

Por esa razón, ese 19 nos dispusimos a viajar a la ciudad de Pereira para el cubrimiento de dicho evento que se jugaría así: a primera hora Deportivo Cali frente al América y a continuación Deportivo Pereira contra el equipo argentino.

Nos dirigíamos allí con la total seguridad de que sería una jornada normal, sin ninguna diferencia de los partidos amistosos que en esos años se jugaban en Colombia.

Instalados en nuestra cabina de transmisión narramos el primer partido Cali-América, que fue de trámite sin ninguna cosa para destacar. A continuación, el segundo encuentro se esperaba con alguna expectativa ya que, en ese momento, Maradona empezaba a ser tenido en cuenta como un joven futbolista que poseía muy buenas cualidades futbolísticas y se pensaba de él como una futura estrella del fútbol argentino.

El gol

El juego transcurría normalmente con algunos ataques esporádicos de Argentinos que insistía más en llegar al arco del Pereira mientras que el local a duras penas ejercía una defensa más compacta con varios hombres alineados en la mitad, para tratar de aplacar el ataque del visitante.

Pero a los 25 minutos del segundo tiempo, Maradona recupera un balón en la mitad de la cancha del Pereira, casi cayéndose por la marcación que le estaban ejerciendo, y con una agilidad felina se levanta e inicia una carrera descomunal en la que va dejando a su paso cuanto rival se le oponía en el camino.

Al primero que lo venía atacando por su lado derecho, lo elude con facilidad, luego avanza sin dejar de retar al viento.

Al segundo que de frente trataba de atajarlo le amaga por la derecha y le sale por la izquierda.

Al tercero también le ejecuta una maniobra espectacular.

El cuarto es el portero quien trata de detenerlo arrojándose a sus pies, también le hace la finta y lo deja asombrado en el suelo.

Luego, con gran tranquilidad, dispara el balón con su pierna izquierda y se introduce en la portería. Era el tercer gol de Maradona en el partido y el tercero de su equipo.

Mi narración

Y era el gol más hermoso que había visto en mi vida. Y para Diego también por la forma de gambetear a los rivales y dejarlos tendidos en la grama. Como si fueran soldaditos de plomo o como fichas de dominó desplomándose a lo largo de ese hermoso recorrido.

Yo comencé a narrar la jugada con total normalidad, pero a medida que esa carrera endiablada se iba acelerando y, con asombro, veía como dejaba regados a todos sus rivales me fui emocionando y, al final, como si hubiera sido el gol de un colombiano, lo grité con toda la fuerza que daban mis pulmones.

Mao y yo quedamos asombrados, pero exultantes, comentando esa jugada que nunca antes en nuestro recorrido por las canchas del mundo, jamás habíamos visto.

Nos daba la impresión que ese preciso instante, apenas fueron escasos segundos, se había hecho tan inmenso que no cabía en el estadio pereirano.

Opinión de Diego

Así lo describe el propio Maradona: “Empecé desde la mitad de cancha. Me tiraban patadas voladoras, de todo. Y yo se las iba pinchando, entonces iban quedando tirados en el piso. En la foto final, cuando yo la empujo, tras pasar al arquero, se los ve a todos tirados en filita”.

Hay un detalle curioso, pero no lo menos importante que hace que esa acción marcada por el astro argentino sea más notable, y es que le habían lesionado el dedo gordo del pie izquierdo en un partido amistoso frente el América, antes del duelo contra Pereira y lo

tenía hinchado. Sin embargo, no le importó para nada. Su destreza, su deseo de jugar al fútbol y de superar contrarios, estaba por encima de cualquier dolor.

Otra opinión

Hugo Horacio Lóndero, jugador argentino que triunfó en Colombia y que hizo parte del América ese día, lo describió así: “Él arrancó como en la mitad de la cancha, fue eludiendo a los rivales: Farid Perchy y Henry Viáfara se le tiraron encima. Luego vino el paraguayo Alcides Sossa y el último que lo cruzó era el ‘Moño’ Muñoz: cuando llegó, amagó a patear, enganchó y quedó de frente al arco. Al salirle a detenerlo el arquero, que era Roberto Vasco, le amagó con tirar al segundo palo y se la tocó cortita al primero. Fue un gol espectacular”

Gigantesco

El gol de Maradona frente a los ingleses llamado “el gol del siglo” en el Mundial de México, también tuve la suerte de narrarlo. Fue un gol determinante para la victoria Argentina y era una especie de reivindicación sobre lo sufrido en La Malvinas.

Pero el de Pereira, fue gigantesco, el primero que él hacía de esa magnitud, con esa intuición futbolística que con el tiempo creció hasta llegar a convertirse en el mejor jugador del mundo. Como locutor deportivo, ese gol fue el más hermoso que narré en toda mi vida.



Nacido en Argentina y consagrado en Italia, pero reparado en Colombia

Por Hugo Mario Cárdenas López

El día de su muerte, el 25 de noviembre del 2020, Diego Armando Maradona llegó al cielo con una rodilla mala. En la agenda del médico caleño Germán Alberto Ochoa quedó sin asignar la cita en la que el astro del fútbol argentino iría al quirófano para el remplazo de rótula.

Diecinueve años habían transcurrido desde esa primera vez que la ‘zurda’ más famosa y costosa del mundo, la de los 10,5 millones de dólares que puso a festejar a los argentinos y a los napolitanos, era profanada en una clínica de Cali por el bisturí del médico Ochoa. Nadie mejor que él sabía cuál era el material del que sus piernas estaban hechas.

El tiquete para venir a Cali empezó a pagarlo a comienzos del año 2000 en Punta del Este, Uruguay, cuando Maradona, ya retirado de las canchas, fue internado de gravedad por un problema de hipertensión y arritmia cardíaca producto de una vida desenfadada. “No quiero dejar este mundo. Voy a luchar para seguir viviendo; quiero pasar mis últimos años con mis hijos”, dijo el ídolo al ser dado de alta de la clínica y tras haber gambeteado la muerte a sus 39 años.

Sabía que las drogas lo tenían al borde del abismo y Maradona, como quien empata un partido en el minuto 90, decidió llevar también su vida a tiempo suplementario. Ahí también estuvo la mano de Dios. El clamor de sus padres y el llanto de sus hijas lograron que el 10 decidiera iniciar un tratamiento de desintoxicación. Horas después aterrizaba en La Habana, Cuba, la que consideró su segundo hogar. Porque los ídolos también tienen ídolos, y el de Maradona fue Fidel.

De inmediato se dispusieron dos viviendas en el Complejo Médico La Pradera, en un exclusivo sector de La Habana, y el Diego acompañado de toda su familia y varios de sus amigos empezó terapias para enfrentar ese diablo interno que fue criando tras años inhalando fama. La vida en Cuba no fue muy distinta y en septiembre del 2000, regresando de playa Guanabo se estrelló de frente con un bus turístico y entre las latas quedó atrapada su pierna izquierda. Entre el drama nacía su relación con Colombia.

Un año después, todavía en La Habana, decidieron junto a su apoderado, Guillermo Coppola, el atleta olímpico Alberto Juantorena y otras glorias del deporte cubano armar un partido de fútbol en cancha pequeña. Para entonces el Diego pesaba más de 140 kilos y en una jugada excesiva se enredó en medio del juego y todo el peso recayó sobre esa misma pierna. El astro bloqueó la rodilla, rompió los meniscos interno y externo y sufrió un daño grave en el cartílago.

En Estados Unidos estaban los mejores especialistas, pero los gringos nunca le perdonaron al barrilete cósmico, al mago de la zurda, que con esa misma pierna pateara en el estadio de la convicción y la ideología política. Para Colombia no necesitaba Visa y ya Beto Ochoa había corregido una lesión similar de la medallista olímpica María Isabel Urrutia, quien para esa época se preparaba justo en Cuba para unos juegos deportivos. El médico Ochoa tenía las mejores credenciales.

Pero era tanta la magia del 10, que con un solo remate podía juntar dos hechos históricos en un mismo escenario. Y fue justo eso lo que pasó esa noche del 14 de octubre del 2001 en Cali. Sobre la pista del aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón descendía el astro del fútbol, Diego Armando Maradona, procedente de La Habana, y en un hangar del aeródromo quedaba parqueado el mítico avión privado de otro histórico, pero de la política, el líder cubano Fidel Castro.

Al día siguiente se le adelantaron los exámenes y el 16 de octubre fue llevado al quirófano para desbloquear la rodilla a través de una cirugía. Pero en la sala, con el bip de la respiración a todo volumen y con un equipo médico más grande de lo normal, la preocupación no era la rodilla del astro sino los problemas de corazón que revelaban el electro y el ecocardiograma.

Eran evidentes los signos de sobrecarga cardíaca, una miocardiopatía y una hipertrofia del ventrículo izquierdo, recuerda el médico Beto Ochoa, hijo del exentrenador Gabriel Ochoa Uribe, quien solicitó el apoyo de dos cardiólogos más para realizar la intervención quirúrgica con la mayor garantía posible. En él estaban puestos los ojos del mundo.

La cirugía fue un éxito y dos días después Maradona casi había abandonado las muletas. Pero las preocupaciones no acababan y la incertidumbre se centraba en cuánto tiempo tardaría la recuperación. El histórico 10 tenía varios asuntos pendientes en Argentina, incluido su partido de despedida, en el que ya habían comprometidos varios millones de dólares con empresarios y publicistas.

La noticia de que Maradona se recuperaba de una cirugía en Cali desató el furor. Los teléfonos de todos los hoteles repicaban sin parar preguntando por el astro y surgió entonces el rumor de que el ídolo argentino podría ser secuestrado en la capital del Valle del Cauca. Con la misma velocidad con que recorrió las canchas del mundo, salió en silencio hacia el aeropuerto en Palmira, abordó el avión privado de Fidel Castro y regresó a La Habana.

Dos días después el médico Beto Ochoa viajaría a Cuba junto a Luis Fernando Lastra, quien era entonces su mano derecha en rehabilitación deportiva, y tras un trabajo arduo, aprovechando que quedaron atrapados en Cuba por el paso del huracán Michelle, lograron que la artroscopia fuera un éxito. Casi de manera paralela el médico

Mauricio Vergara luchaba por quitarle al artífice del título mundial para Argentina en México 86 todo el peso que pudiera.

Tres semanas después, el 10 de noviembre del 2021, el astro argentino saltaba a la cancha de la Bombonera, en Buenos Aires, para su partido de despedida con el estadio lleno y junto a los grandes del fútbol mundial. En cuatro semanas había logrado bajar más de 30 kilos y en primera fila estaba el médico caleño Beto Ochoa, el mismo que le dio F5 a sus rodillas y volvió a resetear sus piernas. También la delegación de amigos colombianos dentro del terreno de juego fue una de las más numerosas. Entre los invitados a la fiesta estaban Rene Higuita, Carlos 'El Pibe' Valderrama, Óscar Córdoba, Mauricio 'Chicho' Serna y Jorge 'El Patrón' Bermúdez.

Con el estómago amurallado

Con sus rodillas sentidas y los meniscos y ligamentos remendados, lo que menos le favorecía a Diego Armando Maradona era su excesivo peso. De nuevo en marzo del 2005 volvió a Colombia, esta vez a Cartagena, para realizarse un cirugía bariátrica.

Con 44 años de edad, más de 120 kilogramos encima y un caminar sosegado, el que es considerado el mejor jugador en la historia del fútbol eligió al médico Luis Felipe Chaux para realizarse el slim gástrico en la ciudad donde vivió otro gran amigo del régimen: Gabriel García Márquez.

La cirugía, como fue dada a conocer a través de medios de comunicación, consistía en crear un saco desde el estómago del exjugador del Napoli de Italia y conectarlo al intestino delgado. Después del procedimiento, los alimentos eluden el estómago y se presenta una pérdida sustancial de peso, entre 50 a 60 kilogramos.

“Le hicimos un bypass gástrico extendido y bandeado, que es la cirugía que consideramos adecuada teniendo en cuenta las condiciones del paciente. Lo que buscamos, además de reducir hasta en un 95%

los problemas asociados que padece, es que nunca vaya a subir de peso”, explicó en su momento al diario El Mundo el doctor Chaux.

Con 50 kilos menos de peso, y sin necesidad de estar en un estadio con un balón en sus pies, Diego Armando Maradona seguía por la vida anotando goles. El procedimiento médico realizado en Cartagena se popularizó y con el mismo fueron mejorando otras afecciones del 10, como la apnea del sueño, la hipertensión, sus problemas respiratorios, la miocardiopatía dilatada, la diabetes y la alteración que sufría de su función renal.

Un Maradona visiblemente sano apareció el 17 de marzo del 2005, diez días después de la cirugía, en un acto público en la ‘Ciudad Heroica’. El entonces alcalde Alberto Barbosa le entregó a ‘El Pelusa’ las llaves de la ciudad y la camiseta del Real Cartagena, el equipo de fútbol local.

“No tengo las llaves ni de mi casa, pero tengo una llave de un pueblo como el de Cartagena y eso me llena de orgullo”, manifestó entre risas, el astro argentino, acostumbrado a sorprender con sus declaraciones.

Esa sería una de las últimas sonrisas que se le vería al ídolo del Napoli italiano con sus dientes naturales. En esa misma estadía en Cartagena conoció al odontólogo colombiano Marlon Becerra, experto en diseño de sonrisas, y su próxima visita a Colombia quedó casi anunciada.

Con una sonrisa ‘Made in Colombia’

Bogotá fue su próximo puerto de desembarque dos años después. Uno de los hombres más fotografiados del mundo dejaba en las manos del talentoso Marlon Becerra y su Unidad de Estética dental la que en adelante sería su nueva carta de presentación: una sonrisa perfecta, como el mismo Diego Armando Maradona la pidió.

“Estuvimos trabajando este fin de semana en un tratamiento estético. En jornadas largas, desde el viernes. También trabajamos durante el sábado y el domingo, pues quiero que sus dientes se vean bien y organizados”, explicó Becerra en entrevista radial luego de conocerse que una vez el ídolo del fútbol estaba de visita en el país.

“No lo conocía y tenía mis reservas sobre él pero encontré a un hombre muy respetuoso, muy caballero y muy buen tipo. Es muy tranquilo como paciente y no se ha negado a tomarse fotografías con todo aquel que se lo pide”, dijo Becerra, dejando entrever algo que pocos advertían. Que en Colombia el gran Maradona era feliz. Que esbozaba una alegría como la que vestía cuando caminaba entre aplausos y ovaciones en la ciudad de Nápoles, con la gloria a sus pies.

No son pocos los videos, en hoteles y en fincas, donde aparece el hombre que con dos goles, uno con el pie y uno con la mano, burló en un partido con sabor a venganza la defensa infalible de los ingleses; los que meses atrás reclamaron una victoria, pero en el campo militar. En los estadios, el general de siete soles era Maradona y con él en el terreno de juego era a otro precio.

De rodillas en Cali

Mucha agua corrió debajo el puente entre el 2001 y el mes de junio del 2018, cuando de nuevo el teléfono del médico Beto Ochoa recibió una llamada desde Argentina. Con la mayor prudencia se acordó todo para el regreso de Maradona a Cali.

En esta oportunidad, recuerda en médico Beto Ochoa, se le hizo a Maradona antes del Mundial de Rusia un tratamiento en ambas rodillas “de lubricación, viscosuplementación y colocación de células mesenquimales”, un proceso de laboratorio con una centrífuga en la que se colocan células madre para estimular la autocuración articular. Con Maradona de nuevo en su quirófano, el médico Ochoa le bloqueó los nervios de las rodillas a raíz de una artrosis severa.

“Fue doloroso, pero Maradona nos dijo que tranquilos, que le teníamos que pegar con un martillo en la cabeza para que algo le doliera; el umbral del dolor era muy alto y durante el procedimiento no dijo nada”, dijo entonces en su parte médico el doctor Juan Carlos Sierra, quien también estuvo durante la intervención.

Diego Armando Maradona renació por partes muchas veces en este país. Podrá ser pretencioso, pero el amor que sintió por la ciudad italiana de Nápoles, quizá pueda equipararse con el cariño que expresó desde distintos escenarios por Colombia. Porque fue un rey justo que perdonó y que despojado de odios, y respetuoso del fútbol, no tuvo problema en reconocer la supremacía y aplaudir a esa selección Colombia que derrotó a su amada Argentina cinco goles por cero en el mismísimo estadio Monumental de River, en Buenos Aires.

Fue además fanático y defensor de oficio de la Selección Colombia de Fútbol. Quien como un colombiano más levantó la voz para gritar la injusticia con la que fue eliminada en el 2014 del Mundial de Brasil, luego de que le anularon un gol legítimo a Mario Alberto Yepes.

También quedó para la historia el grito desenfrenado y agónico cuando en el Mundial de Rusia 2018 el gigante Yerri Mina empató de cabeza ante la potente selección de Inglaterra durante un partido de 120 minutos con tiempo suplementario. Como el que él mismo vivió.

Sin duda Maradona es un patrimonio deportivo de la humanidad, una declaratoria que aún no existe, pero que vive en el corazón de todos los residentes en ese planeta llamado fútbol. Ese sería un gran homenaje para el hombre nacido en Argentina y consagrado en Italia, pero con rodillas caleñas, sonrisa bogotana y estómago cartagenero.



Yo atajé en el debut de Maradona en Cali y en Nápoles

Por Santiago Cruz Hoyos

Diego Armando Maradona llegó por primera vez a Cali el viernes 9 de febrero de 1979. “Vestía blue jeans, con su melena revuelta, la corbata floja y suelta y un tono alegre para dialogar con la prensa”, escribieron en *El País* los periodistas Alberto Marulanda y Jorge Hernando Carvajal.

En una breve entrevista de antología, Maradona, en el aeropuerto, les dijo con sus 18 años a cuestas: “no le temo a la fama”. Y agregó, mientras se secaba el sudor caleño de su rostro:

“En el mundo siempre admiré a Pelé, hasta que llegó su retiro. Pero en Argentina, mi ídolo es Ricardo Bochini”.

Dos días después, el domingo 11 de febrero, Maradona jugaría su primer partido en el estadio Pascual Guerrero. Su equipo, Argentinos Juniors, había sido invitado a disputar la Copa Gobernación del Valle, un cuadrangular amistoso en el que también participaron América de Cali, Deportivo Cali y Cúcuta Deportivo.

Por esos días a Maradona, cuyo pase ya estaba tasado en una cifra inalcanzable para un equipo suramericano – dos millones de dólares – le preocupaba su pierna derecha.

“Estoy tratando de corregir el disparo con la derecha sobre el andar. Pues soy zurdo y con esta pierna le doy al balón como vengas. Pero creo que con trabajo y las indicaciones del técnico lograré superar este error”, les decía a los reporteros en el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón, mientras sostenía un maletín blanco de la marca Puma.

En su entrevista, los periodistas Alberto Marulanda y Jorge Hernando Carvajal registraron un dato curioso: días antes de su llegada a Cali, Maradona se había puesto la camiseta de Boca Juniors de Argentina y la foto apareció en una revista de ese país. Por ese motivo Argentinos Juniors lo multó.

En el teléfono, Carlos Alfredo Gay se sonríe. Considerado uno de los mejores arqueros en la historia de Argentina, Gay atajó el domingo 12 de febrero de 1979 con América, cuando Maradona debutó en el Pascual Guerrero y él igualmente hacía su primera presentación en el arco de los ‘Diablos Rojos’. También fue el arquero de River Plate el 19 de agosto de 1984, cuando Maradona debutó en el Nápoles.

– Diego siempre hacía eso: ponerse la camiseta de otros equipos y posar para la prensa. Era un tipo muy divertido, muy jodón. Los memes que se ven hoy, de grandes estrellas con las camisetas de otros equipos, él los hacía hace 40 años. Diego decía que los dirigentes eran fáciles de convencer, solo le bastaba ponerse la camiseta de los equipos para hacerles creer que jugaría para ellos, emocionarlos. Era una broma suya recurrente, le gustaba jugar con eso– cuenta Gay.

Maradona alguna vez apareció en una revista con la camiseta del América de Cali, pero esa es otra historia.

Aquel domingo en el que Diego debutaba en el Pascual Guerrero, todas las miradas se dirigían a él, incluso las de sus rivales. Maradona lo sabía.

– Recuerdo cuando ingresamos al campo para entrar en calor en la previa del partido. Diego se puso a hacer jueguitos con el balón en la mitad de la cancha y llamaba la atención de todos. Tenía una forma distinta de tocar y pegarle a la pelota. Le pegaba con una certeza que bueno, ya te digo, ese domingo en el Pascual me clavó dos goles – comenta Gay.

El partido lo ganó América 3 – 2, lo que le dio el tiquete a la final del cuadrangular que disputó con Deportivo Cali, al que también venció para llevarse el título. Poco se ha escrito sobre ese cuadrangular: aunque amistoso, para alzar su primer título América venció al mejor jugador del mundo.

El primer gol de los ‘Diablos Rojos’ contra Argentinos Juniors llegó a los 20 minutos del primer tiempo. Lo anotó una leyenda, el delantero argentino Jorge Ramón ‘la Fiera’ Cáceres.

El segundo tanto de América llegó a los 8 minutos de la parte complementaria, también en las piernas de un argentino que se convirtió en mito, el defensa central Aurelio José Pascuttini, quien, junto con el también debutante esa tarde, el paraguayo Gerardo González Aquino, y el ‘Hombre de Hierro’, Luis Eduardo Reyes, se encargaron de ser los “perros de presa” de Maradona por toda la cancha.

La marca fue recia durante los 90 minutos. Sin embargo, se lee en las crónicas de la época, el árbitro Henry Agudelo no mostró la tarjeta roja en varias acciones contra Maradona que lo ameritaban.

Pero, siempre sucedía, Diego encontraba los caminos. Al minuto 28 del segundo tiempo dribló a varios rivales del América y tocó el balón al lado opuesto de Carlos Alfredo Gay.

– Me la puso al ángulo.

Mafla, del América, marcó el tercer gol a los 31 minutos, y un minuto después un Maradona herido en su orgullo volvería a descontar.

– Me lo clavó al otro ángulo – recuerda Gay.

En la prensa del lunes un reportero escribió: “Las diabluras las hizo Maradona. Qué espectáculo brindó el diminuto jugador argentino. Diego mostró su honradez para jugar. Su talento, su genio, sus dotes de crack. Cada intervención hizo pensar muy en serio a los defensores contrarios. Es el 90 por ciento de Argentino Juniors”.

Tras el siguiente partido de su equipo en Cali, El País tituló: ‘Maradona trituró al Cúcuta por 5 – 1’. “El público que en buen número asistió a las tribunas del estadio Pascual Guerrero le dio a Diego Maradona un estruendoso aplauso, como premio a una presentación que resultará inolvidable para la retina de los aficionados”.

En su casa en Argentina, Carlos Alfredo Gay destinó un cuarto donde conserva los objetos que dan cuenta de su carrera como portero. En una pared hay una foto en la que aparece con Maradona, durante el partido de despedida “del Diego”.

No fueron grandes amigos, pero el fútbol le dio el privilegio a Gay de enfrentar en varias ocasiones al que es considerado el mejor jugador de la historia, en un olimpo donde también están Messi y Pelé.

Gay, por cierto, vive a un par de cuadras de la casa de Maradona, en el barrio Villa Devoto, Buenos Aires.

– Todos los sábados y los domingos la casa está llena de gente. Cuando fue el Mundial hicieron una piletta nueva y allí festejaron el título.

Carlos Alfredo Gay nació en Etruria, un pueblo de la Provincia de Córdoba, en Argentina, donde las calles eran de tierra con la fortuna de que en los extremos había árboles como arcos de una cancha de fútbol. La pelota era de trapo. Carlos jugaba todo el día con sus amigos y siempre le gustó ser arquero.

Un día fue a un partido del equipo del club del pueblo y se quedó alelado viendo el trabajo del arquero titular, que era famoso en Etruria. Él le preguntó a Carlos, ¿querés atajar?, y no dudó en decir sí.

– Ahí empezó todo.

En uno de los torneos del pueblo, a Gay lo vio un cazatalentos de Independiente de Avellaneda. Le propuso ir a hacer una prueba

al equipo, junto a dos 'pibes' más. La prueba consistía en hacer tres entrenamientos. Carlos tuvo que hacer cinco. La prueba de arquero era más exigente.

En la foto de su WhatsApp se ve a un jovencito sonriente, sosteniendo la Copa Libertadores que ganó Independiente en 1974. En la final contra el Sao Paulo de Brasil, Gay le atajó un penal a Zé Carlos a los 27 minutos del segundo tiempo, lo que le permitió al equipo alzarse con el título en el Estadio Nacional de Santiago de Chile en el partido de desempate. Era el jugador más joven del plantel y esa noche se inmortalizó en la historia del club.

– Después salimos campeones de la Copa Interamericana frente a Municipal de Guatemala y una más contra un equipo mexicano. En cada serie de penales atajé de a dos.

Cuando Carlos Alfredo Gay llegó al América de Cali en 1979, entonces, ya tenía varios títulos sobre sus lomos pese a ser un portero joven. A Gay lo buscaron Pepino Sangiovanni, el presidente del América, junto con el propietario, Miguel Rodríguez Orejuela.

Cuando aterrizó en Cali, un hinchado del Deportivo Cali le dijo a Gay: “Ilegaste al equipo que nunca sale campeón por la maldición de Garabato”.

Eran tiempos en los que se repetía que al equipo le habían hecho un maleficio para que jamás diera una vuelta olímpica. Gay no les prestó atención a los rumores y sí a la presión de ganar que en cada partido imponía el técnico del equipo, el médico Gabriel Ochoa Uribe.

En diciembre de 1979, Carlos Alfredo se convirtió en el arquero que bordó la primera estrella profesional de América, al vencer 2-1 al Unión Magdalena en el estadio Pascual Guerrero, lo que mandó al diablo a la supuesta maldición de Garabato.

Lo que sucedió un par de meses después tomó por sorpresa a Cali: Gay fue despedido del equipo. El médico Ochoa había organizado un

partido amistoso de pretemporada en Bucaramanga, y Carlos Alfredo tenía a su esposa embarazada. Le pidió a Ochoa que le ayudara a encontrar a alguien que se quedara con ella acompañándola para él viajar al partido. Eso no sucedió y Gay decidió no ir a Bucaramanga. Ochoa no titubeó para enviar la orden de su despido, lo que a la larga le permitió encontrarse de nuevo con Maradona.

Fue en la noche del 19 de agosto de 1984. En el estadio San Paolo, en Italia, debutaría Diego con Nápoles en un partido amistoso frente a un River Plate encopetado. Además de Gay en el arco, estaban el uruguayo Enzo Francescoli y Norberto Alonso, otro de los más grandes talentos argentinos. Maradona por su parte compartía el ataque del Nápoles con su compatriota Daniel Bertoni, campeón del mundo en 1978.

El partido se jugó ante 80 mil personas, en un ambiente hostil para River. En la tribuna se veían banderas de Boca Juniors, el equipo del que era hincha Diego. Mientras calentaba antes del inicio del juego, Carlos Alfredo vio gallinas en el campo de juego. Las había lanzado un asistente del cuerpo técnico de Nápoles. A River siempre le han dicho los gallinas.

– Sin embargo, pese a toda esa presión, fue una noche muy linda para mí. Le saqué varias pelotas de gol a Diego – recuerda Gay.

El partido terminó cero a cero. Maradona anotó un gol, pero el árbitro lo anuló. Lo hizo con la mano. Quizá era la antesala a la Mano de Dios del Mundial de México en 1986. De la algarabía del inicio del juego, los hinchas del Nápoles se retiraron en silencio del estadio, hoy llamado Diego Armando Maradona.

En su museo personal, Carlos Alfredo Gay busca el casete en Betamax de ese partido, en el que intercambió su buzo de arquero con el guardameta del Nápoles, Luciano Castellini.



El Diego en Cali, un sueño de ensueño

Por Víctor Diusabá

Un 99% de los mortales que amamos el fútbol llevamos un Maradona propio en el primer bolsillo de la billetera. Aparte de cargarlo en el alma. Para bien, o para mal. Porque en la vida se es maradoniano. O todo lo contrario. Igual, a veces los odios nacen de la admiración. Tal cual el ateo que dice serlo, gracias a Dios.

Así pues y como no podría ser de otra manera, el Maradona propiedad de cada uno de nosotros está hecho de circunstancias. Algunas, universales. Es el caso del gol aquel del que ya está todo dicho y sobre el que ni siquiera hay que precisar hora, lugar y fecha, como bien lo puede atestiguar Peter Shilton. Y universal es aquel otro gol del mismo día, tan legal como todo aquello a lo que no se puede considerar ilegal. Así habrá terminado por entenderlo el propio Shilton. Y universales son las demás grandes obras de Maradona, al igual que sus desenfrenos. Humano al fin, el tal Diego.

De otra cosecha en cambio son las historias particulares y casuales que cargamos hasta el último de los días. Eso podría llamarse la ‘Maradonía’, ciencia capaz de echar a volar un barrilete de mármol. Solas, o juntas a la vez, imaginación, nostalgia, ilusión, ambición, idolatría, compasión, bondad y exageración dan a luz verdad y mito, dignos de fe. Con más razón ahora que el Diego no está. Aunque si tuviese que validar tantas cosas que se dicen de él, diría “sí...y qué”.

Sobre eso, déjenme les cuento este hecho, con los respectivos grises que surgen con el paso de los años. Ocurrió el 2 de junio de 1985, en ‘El Campín’, de Bogotá. Ahora no sé si sucedió en el reconocimiento de campo o antes de los himnos. Sí tengo claro que algún aficionado

tiró desde la tribuna de occidental un objeto chico y redondo, apuntando al cabezón que llevaba la 10. ¿Acertó a golpearlo? No recuerdo. ¿Cayó tan cerca de Diego que, de inmediato, él se percató de eso que rodaba junto a sus pies? De pronto ¿Era un limón, una naranja, acaso una pelota de tenis? Quizás. Al final, a fuerza de consultar mi frágil memoria, he terminado por elaborar esto: Diego, a quien todo lo que se le cruzaba en la vida lo convertía en esfera, vio venir eso que volaba para aterrizar cerca de él. Y como si ya estuviera en pleno partido, levantó su pierna izquierda justo a la altura recomendable para reducir el impacto de la naranja, o lo que fuese, la hizo suya en dos o tres toques de malabarista, antes de devolverla, media volea previa, al mismo asiento de donde provenía. ¿Imaginación, nostalgia, ilusión, ambición, idolatría, compasión, bondad y exageración? Quién sabe, a lo mejor física realidad.

Lo dicho, relatos como este abundan. Asomarme a ellos, dibujan la dimensión de Diego. En cualquier lugar por donde él se movió e, incluso, donde nunca estuvo. ¿Cómo no iba a suceder en su largo tránsito de siete años en Nápoles?

Sobre eso, en la revista RollingStone, el periodista Ignacio Pereyra cuenta un testimonio de aquellos tiempos. Se lo suelta una persona en la calle, con un niño como protagonista. Y me llama la atención que sea un chico el que estuvo de por medio, porque una vez Diego desembarcó en Italia para emprender su conquista, prometió hacer felices a los pobres de Nápoles y del sur de Italia en general. Cosa que cumplió con los dos scudettos que subió al firmamento, cual si fuese San Gennaro, el otro santo patrono de la villa.

Bien, ese pequeño necesitaba un tratamiento médico que costaba mucho dinero. Pietro Puzone, volante más bien común y corriente y compañero en ese auténtico 'Azurri', tuvo la ocurrencia de un partido de beneficencia en la cancha del Nuovo Comunale de Acerra, en las afueras de esa capital y con pleno invierno abordo. Era enero del 85. El rival, el modesto equipo local.

No cuentan ahí cómo fue que la idea terminó convertida en asunto de Estado (eso era Diego para los napolitanos). Lo cierto es que el genio aceptó jugar. Hasta ahí, tutto bene. Solo faltaba un pequeño detalle: el visto bueno del Nápoli. Una vez se enteró el presidente Corrado Ferlaino, todo aquello debió parecerle al viejo una broma pesada. Porque ocho millones de dólares era mucha plata entonces (y lo siguen siendo). Y porque la fecha casi coincidía con un partido ante el Lazio, con apenas 24 horas de diferencia. Y además, porque todos sabían que el Nuevo Comunale andaba convertido en nada más que en lodazal.

Era pues imposible, menos para Diego. Como muchas otras veces, él desobedeció a Ferlaino y se puso los cortos. Ganaron cuatro a cero. Dicen en Rolling Stone que Maradona hizo un gol muy parecido a ese que el 99% llevamos tatuado en el sentimiento. Lamento disentir, el auténtico ensayo de esa pieza cumbre en la portería norte del Azteca de Ciudad de México sucedió en Pereira, tal cual lo recuerdan algunos de amigos y colegas en este mismo libro. Falta un detalle, la plata recogida fue abundante pero no alcanzó la cifra que garantizara el procedimiento clínico del niño. Maradona pagó el saldo. Y una anotación más, el infeliz Puzone aquel terminó años después en la indigencia, atrapado por la droga.

Mientras imagino la pelota dando brincos entre los huecos del piso de barro fresco de la cancha de ese estadio chico y mientras creo ver al pueblo raso dándose el gusto de tocar a Diego y de abrazarse con él en alguna celebración de gol, puedo afirmar que aquel día el 'Pelusa' fue muy feliz, como pocos. Porque quizás ahí en el Comunale volvió a los tiempos de 'cebollita' en ese peladero grande de la siempre pobre y olvidada Villa Fiorito del gran Buenos Aires, donde, a unos pasos de la casa donde creció, metió los primeros enganches, mientras, a la par, aprendía a caminar.

Ahí mismo donde tiró las primeras paredes que tiran los niños frente a la puerta de sus casas, porque, felizmente, aún nadie les ha

dicho que el fútbol no consiste en no dejar jugar sino precisamente en todo lo contrario, en jugar.

Es por eso que, consecuencia no más que de nostalgia, ilusión, ambición, idolatría, compasión, bondad, exageración, incluso superchería, en este preciso momento me da la gana de soñar que Diego Armando Maradona nació en Cali. O que, de muy pelado, se vino a vivir aquí a esta ciudad.

Omnipresente, igual para habitar en un lado y en el otro y en una época y en otra. Por ejemplo, en Siloé. A la vuelta de la casa del ‘Barby’ Ortiz, ese monumento a la habilidad, a pesar de ser tan “corrinchoso”, como dice mi amigo Gerardo Quintero, quien sí sabe de fútbol. Cierren los ojos y vean el par de joyas, el Diego y el ‘Barby’, juntos en una esquina, con la pelota hecha pájaro que vuela horas de cabeza en cabeza y de pie en pie, mientras que las señoras y los niños, absortos, se paran a verlos, ajenos a las tareas que han dejado a mediodía.

Luego, bajarán a la Calle 5a, para entrar a una cancha sin nombre, donde se ponen en un rincón el color que más les gusta y saldrán a hacer la misma magia de arriba. Con la diferencia de que ahora tendrán a su alrededor a pobres tipos que los perseguirán un tiempo, y el otro también, sin dar jamás con ellos, menos con la bolita que esconden.

Y vuelvan a cerrarlos hasta ir al Doce de Octubre, donde un grito cruza el campo. Es el propia ‘Pelusa’: ¡¡¡USU!!!, retumba el eco de su voz, mientras mira para el lado opuesto al que saldrá el balón desde ese guante que guarda un tesoro en la pierna izquierda. En realidad los dos tipos hablan con las miradas, pero se divierten ante los postes que los ven pasar como trenes. Entonces, ‘Usu’, el 7 largo y desgarrado, hijo del viento, corre grácil a dar con ese punto exacto de reunión, ni un milímetro más, ni uno menos, con esa pelota vieja y raída. Es el concierto a dos voces que los del barrio esperan para hacer del sábado el mejor día de la semana. Ahí, cuando ambos, Diego y Usuriaga,

convierten el absurdo en ingenio, cada vez que tocan la bola. Al final de la tarde, se irán juntos con las mochilas convertidos en una sola risa, para perderse en la noche que cae.

Y viajen ahora al Barrio Obrero. Es domingo y la gente, con el cura por delante, se ha levantado más temprano que si fuese lunes. Es domingo y la gente lo sabe. Vienen ‘los chontaduros’, con dos petisos al frente, Armando y Álex. «¿Petisos?, dirás enanos”, corrige Carabalí, el de la carretilla. Como sea, las dos zurdas andan derecho en hora y media de ‘rondo’ en el que se puede mirar pero no tocar. Son dos ‘diez’ que, sumados, no dan veinte, sino el infinito del fútbol.

¿Un Diego caleño? Sí, apenas un sueño de ensueño.



Esperando a Maradona

Por Francisco Henao Bolívar

La noticia se regó como pólvora en Cali ese mes de julio de 2001, justo una ciudad que respira fútbol por todos lados y que cuenta con aficionados que están pendientes no solo de lo que sucede con el Deportivo Cali, América y Selección Colombia, sino también con lo que pasa con las grandes estrellas del balompié mundial.

Que Diego Maradona viniera a Cali para un tratamiento médico, era normal que revolucionara la ciudad. Claro, tendríamos como huésped al que es considerado uno de los grandes futbolistas de la historia, al que hizo el mejor gol en un Mundial de Fútbol. Sí, ese que le anotó en el minuto 55 a Inglaterra aquel 22 de junio de 1986 en el imponente estadio Azteca de Ciudad de México antes más de 60 mil aficionados, cuando fue dejando regados en el camino a los jugadores ingleses con su endiablada zurda, hasta llegar a las propias barbas del gigante arquero Peter Shilton, a quien eludió con una elegante gambeta para definir y ponerle su firma a un golazo que rompió todos los pronósticos, celebró el mundo entero y fue portada de los diarios más influyentes del planeta.

Venía a Cali el Maradona histórico, imparable en una cancha con el balón pegado a sus botines. El Maradona mágico, el impredecible dentro y fuera de las canchas. El de 'La Mano de Dios', el otro gol que le anotó a Inglaterra en ese inolvidable Mundial de México 86. El Diego de picos muy altos, que se codeaba hasta con famosos presidentes de diferentes países, y el Diego de picos muy bajos cuando comenzó su adicción con las drogas y estuvo inmerso en muchos escándalos.

Y como el personaje que llegaba era de talla mundial, había que organizar el ‘operativo Maradona’ para tratar de tener casi que lo imposible: contacto con el astro argentino, o por lo menos alguna foto que certificara su arribo a Cali.

Por eso nos reunimos el grupo de deportes del diario El País, y después de muchas propuestas y de ideas sobre la forma más clara de llegarle al 10, me encomendaron la difícil misión de ‘perseguir’ a Maradona y de ubicarlo para tener registro de su presencia en la ciudad. La marcación debía ser como esas que siempre le hacían en el fútbol, al centímetro, cuidando cada movimiento y evitando que se escapara como tantas veces lo hizo de manera hábil contra sus vigilantes en una cancha.

Sin embargo, había una gran diferencia: mientras sus ‘verdugos’, los llamados a seguirlo a todos lados en la cancha y de cuidarle sus pasos, lo tenían al frente, al lado o a sus espaldas, yo no tenía ni una pista por dónde empezar. La hora de llegada a Cali era un completo misterio, así como la aerolínea que lo traería de La Habana, y mucho menos se sabía el sitio de alojamiento durante su estancia en la ciudad.

Sin embargo, había que comenzar por algún lado, y de esa manera me puse a la tarea de revisar las fuentes que me podrían acercar al famoso exjugador argentino. Busqué números de varios contactos tanto en Colombia como en el exterior, me di a la tarea de averiguar la hora de llegada y con mis compañeros analizamos los posibles sitios de alojamiento para esperarlo a la entrada del lugar.

Curiosamente el Hotel Intercontinental, con una privilegiada ubicación en la ciudad y un ícono de Cali, a donde siempre llegan muchos famosos, equipos de fútbol para compromisos de Copa Libertadores y cantantes para presentaciones en la ciudad, fue el primer descartado.

¿La razón? Precisamente por su ubicación, en una zona muy céntrica, además muy concurrido por tanta gente que llega del exte-

rior a pasar unos días en Cali. Un lugar de esos seguramente no era recomendable para la privacidad que pedía el entorno de Maradona. Y justamente de eso me enteré después de las primeras indagaciones que hice.

Otros hoteles fueron eliminados de la lista de posibles sitios de alojamiento del 10 argentino, por diferentes motivos: porque eran de fácil acceso para los aficionados, porque eran muy visibles en el momento de salir o de llegar el carro con un personaje tan famoso, o sencillamente porque no era del gusto de una persona enseñada a estar en hoteles de lujo en cualquier parte del mundo.

Entonces quedaban dos opciones: un sitio campestre, retirado de la ciudad y del acoso periodístico, distante para cualquier aficionado que quisiera conocer a la estrella del fútbol, o un apartamento o casa ubicada en Cali que brindara todas las garantías que exigían Maradona y su corte.

Para tratar de tener información sobre el día de llegada y sitio de alojamiento del histórico jugador en la capital del Valle, o alguna pista que me pudiera servir, amplié el radio de investigación a Cuba y Argentina.

Cuba, porque Maradona se encontraba en La Habana desde hacía varias semanas, en un proceso de rehabilitación por sus problemas de drogas. Y Argentina, porque en ese país casi todos los periodistas están al tanto de los pasos que daba el 10 en su vida cotidiana.

Contacté a un colega cubano que había conocido en unos Juegos Panamericanos, y la información que me dio fue muy escueta porque me aseguró que a Maradona lo tenían en un sitio alejado de la capital, y que todo lo que tuviera que ver con él, el régimen lo manejaba como un asunto de estado: muy discreto.

De Argentina me dijeron casi lo mismo, que no tenían mucho acceso a informaciones sobre Maradona por el sigilo del gobierno

cubano hacia su ilustre huésped, amigo íntimo del entonces presidente Fidel Castro.

Tocó entonces intensificar la investigación en Colombia, con los pocos amigos de Maradona en Medellín, Bogotá y Cali. Las fuentes más certeras fueron las de Cali, algunas de ellas encargadas de la logística del astro argentino como el recibimiento en el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón, su traslado ‘clandestino’ al sitio de alojamiento, y las idas al centro médico donde sería tratado por un especialista.

“A Maradona se le organizó un itinerario La Habana-Cali para que llegue en la madrugada con el fin de no estar expuesto a la gente y a la prensa. Un carro lo recogerá en la misma puerta del avión. No te puedo decir más porque todo es confidencial, no quieren que nadie lo moleste”, me dijo una de las personas que trabajaría muy cerca del entorno del 10 en la capital vallecaucana.

Otra de las personas que había sido contratada y que estaría pendiente de los movimientos de Maradona en la ciudad, después de insistirle y de no revelar su identidad en caso de que alguien preguntara, me informó del sitio exacto donde el astro argentino se hospedaría en Cali.

¡Sorpresa! Contrario a lo que muchos creíamos, un lugar alejado de la ciudad o, caso muy diferente, un bunker dentro de Cali, el apartamento en el que se alojaría el futbolista más famoso del mundo quedaba nada más y nada menos que al frente del Hotel Intercontinental, cerca del centro de Cali, por la avenida del río y de frente precisamente a un río que atraviesa gran parte de la ciudad.

Después de insistir y de preguntar por los condominios del sector, pude enterarme de que se trataba del edificio Bosque de Valladares, una construcción moderna, blanca, de dos torres, cada una con 14 apartamentos cuya vista era privilegiada porque miraba hacia una zona atractiva de la ciudad y casi de frente al Hotel Intercontinental.

Sus balcones eran amplios, lo que hablaba del tamaño de los apartamentos. Está ubicado en un barrio tranquilo del oeste, acogedor, con una avenida al frente por donde transitan muchos carros, pero no tantos peatones.

El nombre del dueño del apartamento no me lo quisieron revelar porque no era conveniente, de acuerdo con la fuente que me atendió.

El lugar no me parecía el adecuado para alojar allí a una figura mundial ya que había muchos apartamentos a los alrededores y se le veía mucha vida en materia de tráfico vehicular. Sin embargo, seguramente fue el elegido por la cercanía con la clínica donde Maradona iría a su tratamiento.

Ubicado el lugar donde se hospedaría el astro del fútbol, el siguiente paso fue ‘parquearme’ desde muy temprano con un fotógrafo, en las afueras del conjunto residencial, a la espera de algún movimiento en torno a Maradona.

El primer día de la misión no hubo resultados positivos. No se advertían movimientos, el portero del conjunto no suministraba ninguna clase de información, era bastante hermético, salvo que una vez aseguró que el crack del fútbol estaba en un séptimo piso.

Y no adelantó más el encargado de la vigilancia del edificio, seguramente porque no tenía otros detalles ya que estaba ubicado en el primer piso y Maradona entraba directamente después de llegar al parqueadero y de tomar uno de los ascensores.

A lo mejor no daba otras pistas porque le habrían pedido total sigilo para no atraer a la prensa y a la gente.

Un motivo muy especial

Maradona había llegado a Cali con más de 100 kilos de peso, afanado por rebajar unos cuantos para llegar por lo menos de una manera más decente en lo físico, a su partido de despedida previsto

para el 10 de noviembre en el estadio La Bombonera de Boca Juniors, en Buenos Aires.

Había mucho dinero de por medio en ese encuentro que marcaría de manera oficial el final de su prodigiosa carrera en la que se cansó de ganar títulos, de alcanzar goles imposibles y de mostrar la pierna zurda más valiosa del mundo del fútbol.

Muchos patrocinadores pusieron demasiado dinero para estar en la última vez de Maradona como jugador, y el 10 sabía que gran parte de ese botín iría a su cuenta bancaria.

De ahí la necesidad de ponerse a tono, es decir, llegar mínimamente bien en lo físico para correr algunos metros y poder tocar el balón, aunque sin la magia de antes. Por eso su llegada rápida a Cali para ponerse a órdenes de un médico que le ayudara a bajar de peso, y luego de otros galenos de la ciudad para que revisaran su maltrecha rodilla, blanco perfecto de los rivales en casi todos los partidos.

La tarea no era fácil. Sin embargo, los profesionales de la medicina en Cali se comprometieron a hacer lo mejor para tener en condiciones óptimas al considerado mejor jugador del mundo, el día de su despedida.

Al astro argentino lo acompañaba siempre su representante Guillermo Cóppola, un pintoresco personaje de pelo blanco, también argentino, amigo de la rumba, de los viajes y de la diversión, escudero durante muchos años de Maradona y artífice de los itinerarios y de la agenda del 10 por el mundo entero, para encontrarse con presidentes de países, estrellas del cine o de la canción, o del mismo fútbol.

También para asistir como invitado especial a eventos exclusivos, galas, fiestas y reuniones, encuentros por los que Maradona facturaba de gran manera, gracias a las negociaciones que siempre adelantaba en ese sentido el hábil Cóppola.

Lo de Maradona con Cóppola fue amor a primera vista. Se conocieron a mediados de los 80, siendo el 10 muy joven; y de inmediato hubo química, tanta que el futbolista más reconocido de Argentina puso como condición para ser representado por Coppola, que el agente no manejara las carreras de otros jugadores. Y así fue.

Viajaron por todo el mundo, fueron el centro de atención a donde quiera que llegaban, acapararon las portadas de los diarios del planeta, pero también fueron protagonistas de escándalos, con licor y drogas de por medio, lo que comenzó a marcar también y hacia abajo la carrera del jugador.

Cóppola se encargó de que Maradona tuviera en Cali los mejores médicos y fisioterapeutas para la recuperación de su tratamiento, y que recibiera además todas las atenciones dignas de un jefe de estado, que tuviera total tranquilidad, vigilancia permanente para garantizarle la seguridad, y que se le diera todo lo que pidiera.

Por eso, no solo en Cali sino en cualquier parte del mundo, hizo firmar con los galenos que lo atenderían, con la clínica a donde iría para exámenes y con los del apartamento donde se alojaría, un estricto documento de confidencialidad. Nada se podía filtrar a la prensa de lo que era el tratamiento para Maradona, mucho menos fotos que después fueran publicadas.

Así, con ese hermetismo, se movía Maradona en Cali. Para su transporte, que casi siempre era en horas de la madrugada, le habían conseguido un carro polarizado.

Con datos muy escuetos seguí en la tarea, como detective, de pararme en las afueras del edificio donde se encontraba el considerado rey de Nápoles, para ver algún movimiento o tener alguna pista sobre su presencia en Cali.

Las horas transcurrían y al no obtener resultados, por momentos trataba de replantear el plan ya que sentía que no avanzaba el estar

parado durante horas en la parte baja de un condominio. La decisión había que tomarla con los compañeros de la sección de deportes, que por su lado averiguaban detalles de posibles llegadas de Maradona a la Clínica Sebastián de Belalcázar, una de las más prestigiosas de la ciudad.

Hablábamos sobre cambiar algunas cosas, pero mantuvimos otras, como hacer guardia solo unas horas en las afueras del edificio y llamar a fuentes cercanas de la operación Maradona en Cali.

Por esos días el país estaba viviendo la fiesta de la Copa América 2001, en la que la Selección Colombia era gran protagonista. Y Cali no escapaba a esa euforia porque en su estadio más emblemático, el Pascual Guerrero, se jugaban algunos partidos.

Eso también lo aprovecharon Maradona y su entorno para saber moverse en la ciudad, aprovechando que la Copa América acaparaba la atención. Después de muchas horas, una luz de esperanza de fotografiar por lo menos al astro argentino se presentó, cuando desde el balcón de uno de los apartamentos más altos del edificio, pude ver que se asomaba una persona pasada de kilos, con una toalla sobre sus hombros y con varios amigos a su lado.

Pero todo fue muy rápido porque de inmediato se percataron de la presencia de periodistas abajo y en segundos los perdí de vista. Eso me llevó a una conclusión más pesimista: ahora sí, ni en las curvas se dejarán ver, tomarán más precauciones o se irán a otro lado.

Ese día regresé al periódico poco optimista y compartí lo sucedido con los compañeros, no sin antes decirles que la misión, aunque debía continuarla, sería más difícil.

Sin embargo, la frustración fue grande al día siguiente cuando al llegar al periódico comencé de nuevo a llamar fuentes.

Una de las personas que contacté, y que tenía por qué saberlo, me aseguró que a Maradona lo habían cambiado de sitio de alojamiento,

concretamente al sur de la ciudad, a una casa campestre ubicada detrás del Colegio Berchmans, en una de las exclusivas zonas de Pance.

Aunque con otro compañero dimos vueltas por el sector, para ver si había movimientos con carros polarizados y demás, era casi imposible dar con la ubicación exacta de la casa.

Y en caso de encontrar el lugar, sería de difícil acceso incluso para tomar alguna foto por los árboles y enormes paredes que protegen a estos exclusivos condominios campestres del sur de Calo.

Luego me enteré que una noche, y ya en la antesala de su despedida de Cali, Cópola sorprendió a Maradona al llegar a la casa de alojamiento con tres hermosas mujeres que departieron un buen rato, bajo total confidencialidad.

Al día siguiente me confirmaron que el mejor jugador del mundo había viajado en la madrugada hacia Buenos Aires, para continuar allá la recuperación del procedimiento que le hicieron, y esperar el día del partido de despedida.

Fue un operativo muy discreto ya que salieron de madrugada de la casa donde se alojó, cuando la ciudad aún dormía, tomaron rumbo al aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón para después levantar vuelo hacia la capital argentina.

Lo que no pude hacer yo, confirmar la presencia de Maradona en Cali, salvo el día que apareció unos segundos en el balcón del edificio del oeste, lo hicieron algunos trabajadores del terminal aéreo, que vieron al futbolista más famoso de Argentina durante unos instantes, antes de abordar la nave que lo llevaría a su país.

Después de la frustrada marcación al famoso 10 que fue campeón del mundo y brilló con luz propia en muchos equipos, entre ellos el Napoli de Italia, logré reconstruir con algunas fuentes lo que fue la estadía del emblemático jugador en la ciudad, como sus rutas hacia los procedimientos, el proceso de recuperación, las terapias que debía

hacer, lo que hacía cuando estaba en el apartamento donde se alojó, y las llamadas que recibía de sus amigos colombianos como Óscar Córdoba, Mauricio 'Chicho' Serna y Jorge Bermúdez, entre otros.

Aunque me quedé esperando a Maradona, que apareciera en cualquier momento como hizo en muchas otras partes por lo menos para que registraran su presencia, el autor del gol más bello de los mundiales pasó por Cali para ponerse a órdenes de prestigiosos médicos de la ciudad, con el fin de llegar a tiempo a su partido de despedida en la Bombonera. Un auténtico golazo como muchos que hizo en su brillante carrera futbolística.



El día que Maradona pudo ser diablo

Por César Polanía

Cuenta la leyenda que en 1980 Diego Armando Maradona pudo convertirse en Diablo. El astro nacido en Villa Fiorito, Buenos Aires, había venido con Argentinos Juniors a Colombia para jugar un cuadrangular amistoso con América, Deportivo Cali y Deportivo Pereira, y los directivos escarlatas pusieron sus ojos en él.

Con apenas 20 años (30 de octubre de 1960), Pelusa ya había sido campeón con Argentina en el Mundial Juvenil de Japón y comenzaba a escribir con su pierna izquierda una de las páginas más gloriosas de la historia del ‘planeta fútbol’.

Como una muestra de su calidad, Maradona anotó frente al Pereira, en el estadio Hernán Ramírez Villegas de la capital risaraldense, el que para él fue, al lado del fantástico gol marcado en el Mundial de México 86 contra los ingleses, uno de los mejores tantos de su carrera deportiva.

El Barrilete cósmico dejó abatidos ocho rivales del Pereira en un ‘carrerón’ desde la mitad de la cancha hasta el área chica, donde embocó la pelota tras vencer al arquero. La gesta la calcó, prácticamente, seis años después en el estadio Azteca. Un hecho que para muchos fue interpretado como la venganza argentina por lo sucedido contra sus soldados en la icónica guerra de las Malvinas.

El 20 de febrero de 1980, Pepino Sangiovanni y Miguel Rodríguez Orejuela, por entonces directivos del América, y el técnico Gabriel Ochoa Uribe se sentaron a la mesa con Maradona y su representante, Jorge Cyterszpiller, en el Hotel Intercontinental de Cali, para hacerle una oferta al argentino.

La foto de aquel encuentro existe. De hecho, Diego se puso la camiseta de los Diablos y al día siguiente fue portada de la revista Balón. Y el diario El País publicó que Maradona podría jugar con el Rojo.

En el libro Gabriel Ochoa Uribe, publicado por César Polanía, Jorge Enrique Rojas y Hugo Mario Cárdenas en 2019, con el sello Aguilar de la firma Penguin Random House, Germán Alberto Ochoa, hijo del fallecido Gabriel y médico personal de las rodillas de Maradona, cuenta el episodio.

“Fue papá quien solicitó a Maradona cuando él vino con Argentinos Juniors a jugar un cuadrangular amistoso con el América, por allá en 1980. Maradona era muy joven, estaba empezando a mostrarse. A papá siempre le gustó ese jugador desde que lo vio por primera vez y hubo una reunión en el Hotel Intercontinental, después del partido en el Pascual Guerrero, en la que estuvieron también Pepino Sangiovanni y Miguel Rodríguez Orejuela. Papá le regaló la camiseta del América a Maradona y él se la puso. Quería que Diego se quedara madurando como jugador y le hicieron una oferta, pero la contratación nunca se llevó a cabo. Cada que hablo con Diego recordamos ese episodio. Él recuerda perfectamente a papá, y esa es una de las razones por las cuales ha venido a mi consultorio en Cali para ser operado dos veces de sus rodillas. Pero, imagínese, si Maradona se hubiera quedado en el América, quizás nunca habría llegado a ser lo que fue”.

Esa es la leyenda en Cali. En 1981, Maradona fue fichado por Boca Juniors de Argentina, salió campeón y la grandeza de su pierna izquierda se extendió, apenas un año después, hasta Europa, donde Barcelona y Nápoles sí tuvieron eso que América alguna vez quiso.

¿Qué habría pasado si Maradona hubiera sido Diablo? La pregunta es inevitable. Jorge Barraza, uno de los periodistas más connotados de Argentina, la responde tocando un tema muy sensible para los americanos.

“Imagino que habría sido algo sensacional para el fútbol colombiano. Para el América, ni te cuento, porque Diego estaba en un momento deslumbrante y probablemente hubiera sido campeón de América hasta con tres Copas Libertadores. Y luego se habría ido a Europa, porque era el destino que le tenían deparado el fútbol y su grandeza. Hubiera sido un hito imperdible en la historia del fútbol colombiano. El interés del América y del doctor Ochoa se despierta cuando Maradona hace aquella gira con Argentinos Juniors por Colombia. Era entonces un jugador excepcional y no estaba contaminado por la droga. Hubiera sido un capítulo maravilloso en la vida de Diego y, por supuesto, del América”.

Fue en Nápoles donde Diego tuvo su primer contacto con la droga, no solo la sustancia, sino también con sus capos, porque se movió con ellos en ese mundo de riquezas, fantasías, fiestas, mujeres y derroche, algo que seguramente no hubiera sido tampoco ajeno al Pelusa en Cali.

“Creo que en nuestro medio se hubiera engordado más rápido, y que sus vicios y abusos de la droga se hubieran acelerado en su vida. Pero una Copa Libertadores sí se habría ganado Maradona, porque más allá de que el médico Ochoa fuera un hombre muy rígido en su sistema táctico defensivo y priorizara sus conceptos de retaguardia por encima de los de avanzada, la sola habilidad de Diego hubiese marcado una diferencia. De lo que no estoy tan seguro es qué trascendencia mundial hubiese tenido Maradona. Era una época boyante del fútbol colombiano y quizás lo hubieran retenido acá”, considera el periodista colombiano Pacho Vélez.

Un pensamiento contrario esboza su colega Óscar Rentería. “Maradona, vestido de rojo, hubiera durado muy poco tiempo, y muy a nuestro pesar, en el fútbol colombiano. Su calidad y esas condiciones que ya mostraba se habrían exteriorizado al mundo y los mejores equipos lo hubieran contratado de inmediato”.

Hoy, cuando se conoce la grandeza que tuvo el 10, suena descabellado haberlo tenido en la Liga colombiana, pero no se puede olvidar que, décadas atrás, por el fútbol nuestro pasaron gigantes de la pelota como Alfredo Di Stéfano, Adolfo Pedernera y Julio Cozzi, en un Millonarios que fue bautizado el Ballet Azul, remoquete que no necesita explicación alguna. Eran otras épocas y las circunstancias también diferían, pero los dineros sucios, como los hubo en aquella Nápoles del Diego, también abundaban en una Cali ochentera.

Con una visión más jocosa de lo que habría pasado si Maradona se hubiera vestido de rojo, el periodista y escritor Marino Millán comenta: “Seguramente alguno de nuestros técnicos habría dicho que le faltaban 10 o 20 centímetros de estatura, otros habrían dicho que no tenía pierna derecha y más de un bárbaro de esos volantes de marca de la época lo hubiesen acabado a patadas. Y, como colofón, seguramente alguno de los carteles lo habría asumido como su hijo putativo”.

¿Hasta dónde llegó la conversación entre Maradona y su representante con Pepino Sangiovanni y Miguel Rodríguez en aquel almuerzo en el Intercontinental? William Rodríguez, hijo de Miguel, lo cuenta: “En el 80 mi papá estuvo a puertas de traerlo. Él jugaba con Argentinos Juniors y le pidieron 3 millones de dólares. Casi viene”.

Nicolás Samper, periodista y escritor colombiano, recuerda el episodio: “Vi esa foto de Maradona con la camiseta del América puesta, en el 80, en la portada de Balón. ¿Qué hubiera pasado si se pone la roja? Que el número 10 de Boca Juniors habría sido Brindisi y no sé si hubieran quedado campeones en Argentina en el 81. No sé, tampoco, si Maradona hubiera llegado pronto a Europa, porque en Colombia se pagaba bien y no era un reto ir al fútbol del Viejo Continente. Maradona habría hecho aquí una hegemonía interna, pero no sé si nos lo hubiéramos perdido para lo que significó después. Tal vez América habría ganado un par de Libertadores, pero no sé si Maradona habría llegado a Europa desde Cali”.

Cuando aquello que no sucedió estuvo a punto de pasar, Alexander Escobar, conocido como el Pibe del barrio Obrero, tenía apenas 15 años. Lejos estaba de imaginarse que un día él sí se pondría la 10 de los Diablos. Claro, tamaño diferencia hubo entre Maradona y Alex, pero Escobar se convirtió con el tiempo en uno de los ídolos más queridos del América. Y su opinión, la del 10 del 10, cómo no, cobra mayor valor.

“Habría sido pletórico, épico, histórico para el América y para el fútbol colombiano. Habría sido noticia a nivel mundial, porque a pesar de esos 20 años que tenía en la época, Maradona representaba ya muchas cosas. Él estaba predestinado a ser lo que fue, haya estado o no en el América, y hubiera ganado quizás la Libertadores varias veces. Habría sido un lujo para nuestra institución, como lo fue Di Stéfano para Millonarios”.

Antes del intento de negociación, Maradona había dejado señales de su grandeza en la cancha del estadio Pascual Guerrero, en el juego amistoso contra el América. “Recuerdo ese partido. Terminó 1-1. Habría sido lindo tener a Diego como compañero, seguramente habríamos aprendido todos de su calidad como jugador, y a lo mejor habría sido realidad ese sueño de la Copa Libertadores”.

En el 80, América acababa de ganar su primer título en la Liga colombiana (19 de diciembre de 1979), terminando de esta manera con una maldición que tuvo nombre propio, Garabato, representada en un odontólogo y jugador de los años 40, Benjamín Urrea, quien enfadado porque los Diablos serían un equipo profesional, sentenció que nunca sabrían lo que es ser campeones. Hoy, América tiene 15 estrellas bordadas en su escudo. ¿Cuántas hubieran sido con Maradona?

El 25 de noviembre del 2020, Diego Armando Maradona subió al cielo. Pero antes, acá en la tierra, escribió con su pierna izquierda —también con su mano del mismo lado ante los ingleses— una leyenda difícil de igualar, porque el Diego solo fue uno. Y pensar que un día pudo ser Diablos.

Los cantos celestiales a D10S

Por Gerardo Quintero Tello

“Carga una cruz en los hombros por ser el mejor

Por no venderse jamás al poder enfrentó

Curiosa debilidad

Si Jesús tropezó, ¿por qué el no habría de hacerlo?”

Tal vez no exista un tema musical que mejor identifique a Diego Armando Maradona que ‘La Mano de Dios’, un poderoso tema interpretado por el cantautor argentino Rodrigo Bueno y que, sin dudas, se consolidó como uno de los mejores que le dedicaron, a su vez, al mejor jugador de la historia futbolística. Rodrigo falleció trágicamente en un accidente, lo que engrandeció la leyenda de esta poesía musical, pero en su canción logró conjugar un perfecto equilibrio entre la difícil historia de vida del deportista y lo que inspiraba entre sus fanáticos.

Rodrigo cantó más que una poesía, interpretó una épica que reflejó la compleja historia de un pibe que creció en una villa miseria y a fuerza del talento de su zurda se transformó en el alma de una nación.

“Y todo el pueblo cantó (Marado, Marado)

Nació la mano de Dios (Marado, Marado)

Llevó alegría en el pueblo

Regó de gloria este suelo”

Escrita por Alejandro Romero, cuñado de Rodrigo, la canción se hizo popular en el año 2000, cuando ‘el Potro’ Rodrigo se la cantó a Maradona durante una de las tantas idas y vueltas que hizo ‘El

barrilete cósmico' a La Habana para recuperarse de las zancadillas que le ocasionaban sus adicciones.

“Estuve dos horas frente a una hoja vacía, sin inspiración. Me angustié porque era un momento en el que las oportunidades no abundaban y hasta llegué a tener el sentimiento de querer dejar la música. En un momento, como en una especie de rezo, dije: ‘Por favor, dame una mano con una canción que le guste a Rodrigo... Para mi vieja, que me apoya’. Y empecé a escribir palabras sin sentido: ‘En una villa nació, fue deseo de Dios / Crecer y sobrevivir a la humilde expresión / Enfrentar la adversidad...’ En un momento sentí como una voz que me dictaba: ‘En un potrero forjó una zurda inmortal’. Me di cuenta de que tenía que ver con Maradona. Fue algo que me bajó...”, relató hace un tiempo Alejandro Romero al productor y creador de contenido musical Federico Bareiro.

Fue tan arrollador el éxito de la contagiosa melodía, muy cercano a lo que conocemos como ‘cumbia argentina’, que el propio Diego la calificó en cierta oportunidad como la que más disfrutaba y cómo no lo iba a ser si en cada verso hay una tonada de fantasía y verdad; de misterio y evidencia; de majestuosidad y humildad.

“La fama le presentó una blanca mujer
De misterioso sabor y prohibido placer
Que lo hizo adicto al deseo
De usarla otra vez involucrando su vida
Y es un partido que un día
El Diego está por ganar”

Y en Cali, una ciudad tan musical, las canciones al diez no pasaron inadvertidas. En los bares rockeros, que ‘resistían’ en medio del ataque salsero, como El Faro, Dublin, Lennon, Ruta, Kabul también sonaron algunos de los éxitos que guardan en su memoria al Diego,

porque aunque la canción de Rodrigo fue quizás la más popular no podemos olvidar que fue Maradona uno de los deportistas al que más composiciones le dedicaron en la historia.

Así como driblaba rivales, 'el Diego de la gente' también era una 'máquina' para inspirar canciones. Más de 50 temas dedicados al D10S son una clara muestra de que el zurdo se las arreglaba fácil con los acordes y que su pasión musical era similar al talento que desplegaba en los potreros del barrio.

No hay que olvidar que Diego era un fanático de la cumbia argentina, que una de sus aficiones era bailar y que de seguro si no hubiera sido futbolista su vida hubiera estado igual ligada a otro artificio del talento. Su legado artístico, más allá de las pinceladas que trazó su mágica zurda, se componen de tangos y baladas, que interpretó con gran calidad en solitario y también con el Dúo Pimpinela, el mismo de los hermanos Lucía y Joaquín Galán, que se hizo popular por allá en la década de los ochenta.

Jorge Fresquet, destacado músico y líder de la banda de rock calleño Kronos, se asoma a intentar explicar eso que nace del corazón. "Lo que detona eso es un tema y uno como Maradona llevando a Nápoles a un campeonato y a esa ciudad a un punto de encuentro es un fenómeno muy poderoso. Suele suceder en sociedades como las nuestras, hechas trizas, con grandes problemas y entonces aparece un héroe como Maradona, eso pone en el artista un sentimiento muy alto. Cuando se es un músico y vivís un momento tan poderoso como ese, ves materializado un sueño, te impacta tan fuerte y se te paran los pelos como a mí ahora, pues, ¿qué más haces?: Una canción".

"Si yo fuera Maradona viviría como él

Mil cohetes, mil amigos, lo que venga a mil por cien

Si yo fuera Maradona saldría en Mondovision

Pa' gritarles a la FIFA que ellos son el gran ladrón

La vida es una tómbola, de noche y de día

La vida es una tómbola, y arriba y arriba

La vida es una tómbola, tómbola

La vida es una tómbola, tómbola, tómbola”

Manu Chao, el destacado artista francés, un eterno enamorado del tercer mundo y que en sus canciones siempre reivindicó a los desposeídos, también produjo un tema dedicado al ‘Pelusa’. En esa composición, Manu Chao habla de un diez más humano, con sus virtudes y defectos en donde al final todo parece resumirse en el estribillo fundamental de la canción y de la que no estuvo exento el crack argentino: ‘La vida es una tómbola, de noche y de día’, y como todos sabemos, la vida es un albur en la que a veces acertamos al caballo ganador y en otras tantas la vida nos devuelve espinas en el corazón.

“La vida es una tómbola, de noche y de día

La vida es una tómbola, y arriba y arriba

La vida es una tómbola, tómbola

La vida es una tómbola, tómbola, tómbola”

En marzo del 2016, Manu Chao ofreció un concierto en Cali, en las canchas de baloncesto de la Calle 9, cerca de la antigua Villa Olímpica. Recuerdo la fascinación de los miles de fanáticos que se acercaron para ver de cerca al artista. Fue un concierto apoteósico, rebelde, lleno de tequila, sin mucho sexo, pero sí pleno de marihuana. Desde un costado, acompañado de Mariluz, mi gran cómplice entonces de aventuras musicales y quien me había invitado al concierto, pude ser testigo de la incontrolable energía que desató Manu cuando comenzó a entonar los primeros acordes de su guitarra que anunciaban el desborde desequilibrante de ‘La vida es una tómbola’. Y mientras la guitarra nos iba conduciendo la memoria por los recuerdos ochenteros del golazo de tiro libre a Juventus, la ‘cargada’ a

Gatti jugando con Argentinos Juniors o aquel ‘robo de cartera’ a los ingleses, el francés lentamente nos decía: ‘Desde Argentina, Armando mío, allí va Dieguito’

“Si yo fuera Maradona viviría como él

Si yo fuera Maradona frente a cualquier porquería

Si yo fuera Maradona nunca me equivocaría

Si yo fuera Maradona, perdido en cualquier lugar”

Pero tal vez el momento épico de esta trama musical fue cuando en el 2008 el director de cine, el serbio Emir Kusturica, otro enamorado del ‘personaje maradoniano’, llevó al ‘barrilete cósmico’ al Festival de Cannes para la presentación de su famoso documental ‘Maradona by Kusturica’, que narra la vida de ‘tómbola’ del futbolista. Y justo, uno de esos instantes únicos y emotivos del documental es cuando Diego se baja de una camioneta negra, ataviado con lentes oscuros, una barba desprolija, una camiseta negra, Jeans, las manos en los bolsillos y una sonrisa distendida de complicidad mientras observa a unos metros a dos chavales, que con guitarra en mano, interpretan ‘La vida es una tómbola’.

Mientras transcurren los fantásticos punteos de guitarra de Manu Chao y de Madjid Fahem, Diego los observa parado frente a ellos y su rostro tranquilo del principio de la canción va tomando un cariz distinto con el paso de los segundos hasta tornarse en algo parecido a la angustia, mientras escucha:

“Si yo fuera Maradona frente a cualquier porquería

Nunca me equivocaría

Si yo fuera Maradona y un partido que ganar

Si yo fuera Maradona, perdido en cualquier lugar”

Un Diego absorto solo atina a mojarse nerviosamente con su lengua los labios y en su expresión facial se dibuja un deseo incontrollable de llorar. ‘La vida es una tómbola’, compuesta por Manu Chao y que hace parte de la producción ‘La Radiolina’, de 2007, quedó inmortalizada con este momento, de los más emotivos que vivió el Diego con cualquier artista: Manu, Madgid y Maradona, Las tres emes unidas en una esquina cualquiera del gran Buenos Aires. Ya el amor de Manu Chao por el pelusa se había consignado unos años antes cuando con Mano Negra interpretó ‘Santa Maradona’, que contiene un video pleno de imágenes del D10S en el antiguo San Paolo de Nápoles y que en uno de los versos lanza una letanía: ‘Santa Maradona priez pour moi’ (Santa Maradona reza por mí)

Unos años antes, a mediados de los noventa, una época muy conflictiva para el pelusa con escándalos y su primera suspensión por doping, llegó el cantante argentino Andrés Calamaro con un tema pleno de una musicalidad carnalera y una letra bastante sencilla que encantó a los seguidores del diez.

“Maradona no es una persona cualquiera
 Es un hombre pegado a una pelota de cuero
 Tiene el don celestial de tratar muy bien al balón
 Es un guerrero
 Es un ángel y se le ven las alas heridas
 Es la Biblia junto al calefón
 Tiene un guante blanco calzado en el pie
 Del lado del corazón”

Calamaro, el mismo que le había cantado a la ‘Flaca’, esta vez le rindió un homenaje al ‘barrilete cósmico’, esto a pesar de que siempre ha sido un hincha confeso y orgulloso de Independiente de Avellaneda, lo que al final no fue un obstáculo para estrechar una

gran amistad con el Diego que nunca ocultó sus preferencias por el Boca Juniors. Incluso, en uno de los versos de la canción, Calamaro le ofrece al diez la oportunidad de gambetear los fracasos y lo disculpa por cualquier error que pudiese cometer ante la portería de la vida.

“No me importa en qué lío se meta Maradona

Es mi amigo y es una gran persona, el diez

En el alma guardo la camiseta de Boca

Que me regaló alguna vez”

Este tema quedó incluido en el disco Honestidad Brutal, que surgió en 1999, cinco años después de que al Diego lo hubieran expulsado del Mundial de Estados Unidos y que se hubiese desencadenado una suspensión de quince meses sin jugar al fútbol. Alguna vez un atrevido periodista quiso cuestionar la inquebrantable amistad que unía a Calamaro con el futbolista y la respuesta del artista de las tarimas fue casi tan preciso como un centro desde banda izquierda del diez: “El Maradona que conozco es una persona excelente, confidencial, humilde, siempre tiene tiempo para saludar a todo el mundo, siempre reconoció los méritos de los cantantes de la música popular, de otros futbolistas de otros deportistas. Se dirige a todo el mundo como ‘maestro’. El Diego que yo conozco es una excelentísima persona. Me dio su confianza, su intimidad”.

Y es que Diego logró con la mayoría de artistas una conexión especial, tal vez porque en esencia cantantes, músicos y futbolistas se dedican a lo mismo: divertir a la gente, darles unos minutos de alegría, lograr sacarlos de la áspera realidad y convertirse en una suerte de redentores, de exorcistas del drama diario. Como lo hizo tantas veces Maradona en Nápoles, donde tantas veces besó la gloria, donde tantas veces reivindicó a su gente, a esos marginados por un norte italiano millonario, clasista y farandulero.

Alfonso Ospina, director del Servicio Informativo de Caracol Radio y otro de los ‘fieles devotos de la iglesia maradoniana’, aporta una perspectiva muy interesante para entender el fenómeno del Diego y su valioso aporte a la creatividad musical de sus ‘colegas’. “En Maradona se conjugan muchas cosas de lo argentino y lo latinoamericano, Argentina está constituida sobre mitos desde Domingo Faustino sarmiento, el general San Martín, pasando por Perón, Evita, Isabelita. Por eso Diego tiene todo lo que les gusta a los argentinos, es el ídolo trágico, pobre, contestatario, luchador, y llegó en un momento coyuntural de plena expansión de medios de comunicación, un momento que nos tocó vivir a nosotros, con más contacto de lo internacional”.

El periodista, fanático de las bandas argentinas y del fútbol argentino (No en vano sus dos hijos se llaman Daniel –en homenaje a Pasarela- y Diego) cree que en esa explosión de composiciones alrededor de Maradona terminaron confluyendo dos momentos históricos y geográficos que simbolizan la picardía, la lucha, la irreverencia y, también, la frustración latinoamericana. “Y es que en Diego se expresa también ese deseo de tener héroes que nos reivindicuen, un poco eso tan nuestro de que hacemos las cosas, pero no terminamos de hacerlas bien, las dejamos a mitad de camino o nos perdemos en nuestros problemas personales internos”.

“Y es que se expresa también allí, en Diego, ese deseo de tener héroes que nos reivindicuen, un poco eso tan nuestro de que hacemos las cosas, pero no terminamos de hacerlas bien, las dejamos a mitad de camino o nos perdemos en nuestros problemas personales internos”. Entonces, se me ocurre preguntarle a Alfonso, si la vida de Maradona no será por antonomasia la propia tragicomedia de nuestros países latinoamericanos. “Sabemos que aunque somos mejores que todos, nunca nos terminamos de convencer de eso y cuando intentamos serlo fracasamos por nuestros problemas internos. Sin duda, Maradona es un símbolo latinoamericano en todo sentido”, me responde de manera contundente el periodista.

Las canciones al ‘chico de Nápoles’ fueron diversas porque narraron su camino a la lucha, la reivindicación, entregaron esperanza, mostraron su lado oscuro pero también ofrecieron una mano al héroe caído. Eso fue también lo que hizo el padre del rock en español argentino, Charly García, quien junto con el productor musical Claudio Gabis compusieron ‘Maradona blues’, un tema que surgió en medio del dolor, de la desazón, de la frustración después del partido Argentina vs Nigeria y que marcó la expulsión de Maradona del Campeonato Mundial de Estados Unidos en 1994. El doping positivo no solo lo alejó quince meses de las canchas, sino que lo sumió en una tremenda depresión y de paso privó a los fanáticos de ver los últimos mejores años de un portentoso futbolista, aunque también –hay que reconocerlo– abrió la imaginación y extendió la solidaridad de compositores y artistas que buscaron explicaciones y consuelo a través de la música.

“Yo ya no existo sin pasado,
entre la oscuridad y la luz.
Yo sé que existo en otro lado,
yo ya perdí el autobús,
como en el Maradona blues.
Un accidente no es pecado,
y no es pecado estar así?
Pero aquí estoy en este lado,
por eso déjame salir,
yo solo quiero tu vivir”

“Charly y yo compusimos ‘Maradona Blues’ espontáneamente el día en que Diego quedó fuera del Mundial, a eso de las cuatro o cinco de la mañana, llenos de desilusión y tristeza”, recordó en cierta

oportunidad Claudio Gabis. Y es que finalmente eso hacía el Diego también: catalizaba desengaños, agrupaba fracasos, contenía fracasos, desplegaba ilusiones, sostenía esperanzas, en suma, ofrecía en cada gambeta una bocanada de aliento para soportar los resquebrajamientos del alma.

Fueron más de cincuenta temas registrados y compuestos a Maradona, cientos más estarán deambulando por las esquinas, pasando de mano en mano en Nápoles, en Buenos Aires, en Sevilla o en Cali. De seguro esas letras recordarán las gambetas del Diego, el caño imposible, la carrera absurda, la ‘rabona’ extravagante, el tiro libre impecable, la maniobra suicida, pero también la caída del ángel, el ‘D10S’ hecho hombre...

Y entonces allí volveremos a recordar al chiquitín que soñaba con jugar en la selección Argentina, el ‘cebollita’ que creció en Villa Fiorito, el que jugaba descalzo, el que adornaba con regateos y gambetas los potreros de la vieja Buenos Aires y, entonces, allí otra vez, regresaremos a aquella canción que, cuando siendo ya el gran Diego, interpretó en el primer capítulo del programa ‘La Noche del 10’, con el corazón en la mano, los ojos cerrados, la voz trémula y al borde del llanto mientras lo observaban emocionados Pelé y Batistuta, todo porque ‘El sueño del Pibe’ era su propia historia.

“Golpearon la puerta, de la humilde casa
 la voz del cartero muy clara se oyó
 y el pibe corriendo, con todas sus ansias
 al perrito blanco sin querer pisó
 Mamita mamita, se acercó gritando,
 la madre extrañada dejó el piletón
 y el pibe le dijo riendo y llorando
 el club me ha mandado hoy la citación

Mamita querida, ganaré dinero
seré un Maradona, un Kempes, un Olguín
dicen los muchachos del norte argentino
que tengo más tino que el gran Bernabé
vas a ver que lindo, cuando yo en la cancha
mis goles aplaudan, seré un triunfador
jugaré en la quinta, y después en primera
yo sé que hoy me espera, la consagración”.



El D10S

Por Carmen Andrea Rengifo

Tiene la mirada bajita, quieta, los ojos negros van hacia dentro, parece ido, pero no ido de él sino del ruido que desde los 15 años flota a su alrededor; una mirada reflexiva, como si en ese instante hubiera sido consciente de los últimos seis años de su vida; como si en ese instante fuera consciente de su futuro, como si supiera que la magia se había roto, como si supiera que ese momento era el inicio del fin; debe saberlo, siempre lo sabemos, aunque no queramos verlo. Es invierno en Nápoles; navidad del año 1990. Está sentado en un restaurante con más personas, pero no está ahí, está dentro de su mente, reconociendo que ese volcán iniciará un declive.

Es la imagen más reciente que tengo del dios, pero no la primera; mi primer recuerdo me lleva a 1986, estoy muy pequeña y quizá sea un recuerdo posterior; es verano en Europa y verano en México, no sé qué pasó antes, sólo sé qué pasó ese día, lo sé porque la imagen se convirtió en icono; un momento histórico que difícilmente, por ahora, va a desaparecer. La mano de dios; el manotazo para redimir aquella derrota en las Malvinas cuatro años antes; la mano del dios vengativo, ese que quería someter a su verdugo y que encontró en la inteligencia de sus piernas, la rapidez mental y la ayuda extra, justicia. Ese fue el Diego con el que crecí, un dios de carne y hueso, un volcán en actividad permanente como el Vesubio, que lucía majestuoso, impactante, y un día arrasó con todo.

Nápoles es una ciudad del sur de Italia, “la ciudad nueva” según los griegos, una urbe antiquísima, con monumentos majestuosos, gastronomía pecaminosa; playas panorámicas fotogénicas y el caos propio de los italianos, ni hablar del tráfico (siempre habrá un carro o una vespa mal rayada, mal parqueada); los mochileros dan 48 horas para conocerla, podría vivir en la Nápoles menos turística, en medio de calles y pasajes estrechos entre balcones de hierro con mudas y

mudas de ropa extendidas como una bandera, pizza hasta en los cuadros y ese coqueto acento cantarín reforzado con los dedos juntos, en movimiento. Nápoles, una ciudad que estuvo en manos de griegos, romanos, bizantinos, españoles; también fue la morada de la Gomorra italiana y el santuario del D10S; el lugar donde renació el volcán Maradona y donde inició su decadencia. Maradona, como el Vesubio, fue demoledor; después de explotar la erupción fue hacia dentro.

Nápoles tiene gran riqueza histórica, pero su historia dice que es una región pobre, que ha sido despreciada por los del norte, un lugar perfecto para construir una historia nueva, una leyenda nueva y eso hizo el Diego; de las entrañas de Villa Fiorito en Buenos Aires, de bloques de cemento débil, techos de lata; pisos de tierra; casas apiladas de bahareque, cal barata y hambre en las entrañas, surgió el dios que un día alumbró a la “ciudad nueva”, un lugar segregado como los habitantes de su barriada en Argentina. ¿Qué esperas de Nápoles? le preguntó un periodista al llegar. Espero tranquilidad, pero sobre todo respeto, dijo. ¡Palabras malditas!

Diego Armando Maradona era apenas un joven de 24 años cuando llegó al sur de Italia con todas las posibilidades de convertirse en un dios. Ya lo decía Gustave Le Bon en *La Psicología de las Masas* “...la multitud es anónima, irresponsable. Los impulsos pueden ser nobles, crueles, heroicos, cobardes, pero siempre imperiosos de que la personalidad e incluso el instinto de conservación desaparezca ante ellos”. Y así fue; el lugar que le dio la resurrección, lo condenó. Maradona fue presa de aquello que tanto aborrecía: el poder, el control, el autoritarismo, la intolerancia, la dominación, y no lo vio venir, quizá obnubilado por ese halo de dios que él mismo se creyó. Sus mejores años estuvieron en ese Golfo, sus peores también. El poder y autoritarismo de Conrado Ferlaino, Presidente del Napoli, quien se reconoció como su carcelero; la intolerancia de la fanaticada; la dominación de la Gomorra y el control de la cocaína. “Los impulsos pueden ser nobles, crueles, heroicos y cobardes”.

Antes, en 1980, cuando el Pelusa tenía 19 años, pudo tener otro futuro, tal vez en ese momento fue menos pretencioso o estuvo mejor asesorado. Diego Armando Maradona fue tentado por el América de Cali, el médico Gabriel Ochoa Uribe lo quiso en su equipo, pero el diez, hasta entonces un joven tímido frente a las cámaras, enfadado con las circunstancias (dos años antes había quedado fuera de la Selección Argentina que logró el campeonato del 78, en casa, en plena dictadura de Videla) se mantuvo en Argentinos Juniors, después firmaría con Boca. Su visita a Cali supuso un encuentro en el que intuyó el poder del hombre sobre el hombre (de lo que se trata el fútbol ¿o no?), la mafia le coqueteó; Miguel Rodríguez Orejuela lo sedujo, pero no le alcanzó. El camino del diez estaba destinado a ligas mayores, con los grandes, en el calcio, con otros capos.

“La responsabilidad es el freno poderoso y constante de los impulsos individuales”, Le Bon.

Maradona salió del infortunio barcelonés, en donde vivió una hepatitis, una fractura y una sanción por golpear a Miguel Ángel Sola, al Nápoles, para convertirse en el personaje que por décadas vimos en las pantallas: un ser amado y odiado, capaz de elevar la fe de miles de fanáticos al punto de profesarle una religión, un ser casi sagrado que desde la cancha ascendió al altar de miles de feligreses en Nápoles y Argentina y luego transmutó en un tipo inalcanzable, distante, drogadicto, ansioso, violento, que podía repartir golpes, así como repartía goles. Maradona como uno de los personajes de la Divina Comedia de Dante, descendió al Infierno, pasó de ser un dios a ser el diablo, así lo tituló el periódico deportivo TuttoSport; se convirtió en la persona más odiada de Italia, según una encuesta del diario La Repubblica, que titularon: Lucifer vive en Nápoles, todo esto, después de anotar el penal, en el estadio de Nápoles, que eliminó a la selección italiana del Mundial Italia 1990. La gloria que tanto anhelaba desde joven era una realidad que empezaba a transformarse en desgracia.

El dios humillado

Es domingo, el final de las vacaciones escolares se acerca, esa semana entraría a cursar noveno de bachillerato. Me gustaba estudiar, el colegio era un mundo en el que podía evadirme, un lugar donde todos parecíamos iguales, con zonas verdes y grandes espacios para hablar, reír, ser sólo adolescentes rebeldes, soñadores. En octavo grado entré a un nuevo salón, éramos un grupo de 40 alumnos entre hombres y mujeres, muchos veníamos de zonas populares, a esos compañeros del INEM les debo mi pasión por el fútbol. Aunque en el barrio, desde pequeña, crecí con el fervor de los vecinos y las seguidas y apoteósicas celebraciones de los títulos del América de Ochoa Uribe, fue en el bachillerato donde forjé mi verdadero amor.

Ellos llegaban con radios pequeños, walkmans, en plena clase, a oír programas deportivos, comentaban los partidos, hablaban de fútbol y salsa. Mi hermana y yo, éramos de las pocas chicas que nos metíamos en los acalorados debates, en el recreo, en el salón o cuando capábamos clase. En ese tiempo me repetía que si hubiera nacido hombre sería futbolista; mi deseo reprimido lo reflejaba en mi hermano menor, todas las tardes lo llevaba a entrenar a la Escuela Carlos Sarmiento Lora, en la sede de pan de azúcar en Juanchito.

Ahí conocí a Fabio “Guaracha” Mosquera, Mario Desiderio y otras glorias del fútbol que me acogieron con cariño, sorprendidos de que pasara las tardes y la travesía de cruzar el puente entre Cali y Juanchito, para ver fútbol de categorías menores. En el fondo todos sabíamos que mi hermano no tenía la chispa suficiente para ser futbolista, insistí varios meses sin éxito; en ese campo de juego vi la urgencia sobrecogedora de muchos padres para que sus hijos llegaran al profesionalismo y así zafarse de la pobreza; un nuevo Maradona ¿Por qué no?

Ese domingo, flotaba una emoción apremiante y un gustoso nerviosismo, el país, además escuchó las palabras de desprecio de muchos

argentinos, entre ellos las de Diego Armando Maradona, quien como siempre salió a atizar el fuego, a infundirnos miedo y complejos “No se puede cambiar la historia, no se debe cambiar la historia: Argentina arriba, Colombia abajo”, dijo con una mirada de burla. Y tenía razón, pero la historia cambia cuando los hechos cambian.

No había salido el equipo completo a la cancha y la silbatina se tragaba nuestra esperanza, once camisas amarillas en medio de una marea albiceleste, la lluvia de papelillo blanco inundando la immaculada grama del Monumental; la bruma de pólvora despejada por el murmullo creciente, esparcido, de 73 mil gargantas, desde las tribunas; la promesa del Tino y sus goles; la ilusión de al menos un empate; todo era tensión, tensión y furia contenida.

Frente al televisor apretaba las entrañas, respiraba en pausas, cada segundo con el arco en cero era un pequeño triunfo, gritaba, echaba madrazos, oraba, cerraba los ojos, bendita forma de autoflagelarse. Cada vez que Colombia bordeaba el arco de Goycochea mi corazón alzaba vuelo, quería estar allá para ayudar a empujar la pelota. La redención llegó al minuto 40 con 44 segundos; un momento que se plegó a nuestro ADN; creo que muchos colombianos podemos narrar ese gol sin verlo: saque de costado de Wilson Pérez, Jorge Borelli rechaza de cabeza, el balón cae en pies del genio Valderrama que sin parpadear lo somete con su diestra inalterable, serpentea un rival, alumbra el camino despedazando el laberinto humano con la vista puesta en Freddy, el balón se deja llevar, cambia de pierna, la zurda filtra la diagonal; Rincón, Rincón, Rincón ya lo ha visto, lo sabe leer, sabe adonde irá esa pelota, se lanza en un anticipo demoledor, dieciséis zancadas a punta de coraje y hambre; una gambeta. Patea. Nos devuelve la honra.

Tres segundos dura la imagen: Maradona con una chaqueta albiceleste, en medio de su cerrado séquito, los brazos cruzados, mira a su esposa que luce molesta, le dice algo; se gira frente a la cancha. Esa imagen tan escasa, casi profética, era una conquista.

Empezamos el segundo tiempo con la fe asegurada, respaldados en ese efímero, pero heroico triunfo y un fresquito en el estómago que se convirtió en exultación; liberación. Cada gol fue la certeza de que podíamos ser felices, teníamos derecho, a pesar de nuestras desgracias; cada gol fue como una bofetada a la soberbia argentina por habernos humillado antes del partido; cada gol nos acercó a la gloria que nos ha permitido inflar el pecho. Un júbilo tan inmarcesible que 30 años después reverbera en nuestra piel.

El partido terminó. William Vinasco con su dramática narración nos hace saltar y saltar de alegría; suena Soy colombiano, las lágrimas rebotan, un susurro se agiganta en el Monumental; el plano se abre a una panorámica de aplausos que se esparcen como una ola por cada gradería. La cámara ubica al dios; Maradona masculla algo a su séquito, a la esposa se le ve la agonía en la cara; el dios se da cuenta que está en pantalla, sin elección, se une al coro manual que reconoce nuestra superioridad, nuestro fútbol. Ocho segundos de aplausos para la posteridad, una imagen del ayer suspendida en el hoy, gracias a la magia visual hemos podido repetirla y repetirla y repetirla. Esa noche fue una de las más felices de mi adolescencia.

Dios ha muerto

“Manifestó que se oye a los sepultureros enterrando a Dios, agregando que tal vez tengamos que oler el desagradable tufo de la putrefacción divina, pues, naturalmente, los dioses también se pudren”. La gaya ciencia, Nietzsche.

La rubia sonrío mientras el dios le lanza un beso a la cámara; lo sigue como una sombra, lo ve besar una bandera celeste, espera, responde con la mano a esa mano que orgullosa la pasea por el Olimpo; el dios desfila con un rictus triunfante. Después se sueltan, rumbo al cadalso. Ese momento fue premonitorio, no creo que haya sido la única que vio en esa caminata, entre Maradona y la mujer de blanco, un final anticipado. Quizá fue la derrota de Colombia a manos de

EE. UU., tres días antes, la que inyectó una nebulosa pesimista en mi escasa juventud o tal vez la evidencia basada en la sanción, por doping, cumplida recientemente, la que me otorgaba certeza. El rugido primigenio en la pantalla después del gol contra Grecia avizoraba su resurrección y arrogancia, eso y el desbarrancadero de nuestra selección, me alentaba a la envidia, cosas de fanatismos. Lo cierto es que ese trayecto corto fue una caída en picada hacia los círculos más profundos del infierno; el juramento, las lágrimas, la expulsión, la soledad, todo se asomó con la violencia de un volcán en erupción. Ese año, ese mundial, no sólo fue el abismo para Maradona, en Colombia también nos hundimos en el averno.

La lava maradoniana tardó varios años en expandirse desde aquella fatídica tarde que para muchos fue una traición, al dios lo sacrificaron por un cargo. Herido, inició una revolución mundial contra la FIFA. “Tenemos que luchar por un gremio fuerte, porque la gente no va a la cancha por los dirigentes”. Maradona hablaba de la urgencia por debilitar el poder amasado a grandes manos por los zares del fútbol. “Todos saben lo mismo que sé yo, pero pocos se atreven a poner la cara contra Blatter, Havelange y Grondona” y así nació la Asociación Internacional de Futbolistas Profesionales. Una idea que le palpitaba desde 1986, cuando el dios, en plena concepción, reclamó por los inclementes horarios del Mundial a los que eran sometidos los jugadores como obreros del fútbol. Pero el poder es el poder y Maradona vivió la tiranía como un ciudadano más de ese país llamado fútbol. La oposición fue una quimera.

En 1997 el cántaro se rompió y el dios pasó al desahucio moral y deportivo; sin piernas, disputando partidos en los juzgados, legitimando importantes causas sociales para la prensa y una lealtad férrea a la vida excéntrica. La erupción se detuvo; el volcán suspendió su actividad.

El dios militante

Era el mediodía del 22 de julio de 2010, en tres días viajaría a Venezuela como corresponsal, mi teléfono estalló: ¡Uy la cosa se puso buena! ¡Vas a llegar en un momento álgido!, decían algunos mensajes procurándome presión y excitación. Chávez acababa de romper relaciones con Uribe; Venezuela y Colombia sin vías diplomáticas. “Lo anuncio con una lágrima en el corazón”, dijo, haciendo uso de su histrionismo y descomunal verborrea.

La decisión era un contraataque a la denuncia hecha por el embajador de Colombia en la OEA, sobre la presencia de grupos guerrilleros en ese país. Mi cabeza estaba en Venezuela, aunque mi cuerpo permanecía en Cali. A tres días del viaje resolvía detalles de última hora; cuando me enteré de la noticia busqué información completa. Revisé todos los videos que encontré, la mayoría tenían un plano medio de Chávez y a su lado el dios.

La toma abierta de la Agencia Francesa de Prensa, AFP, me impresionó: Maradona vestía una camisa negra manga larga, un jean y unos zapatos negros, el pantalón y el plano lo revelaban en una genuflexión pronunciada, parecía en excesiva reverencia hacia “su comandante”. La postura, producto de las complejas operaciones de rodilla, algunas de ellas hechas en Cali, exhibía el calvario que soportaban sus articulaciones.

En esa inclinación artrítica vi a un hombre apocado, bromeó en tono pasivo, dijo que no estaba buscando trabajo en Venezuela; Argentina, dirigida por Maradona, acababa de ser eliminada del Mundial de Sudáfrica 2010; lucía más condescendiente con el militar, en una descomunal pleitesía. El dios se disipaba. Al percatarme de nuevo de ese vínculo tan cercano, una parte mía se desvanecía. No era novedad, claro que no, pero aceptar que ese dios tan glorificado, lo que representaba: su talento, su historia, incluso su polémica humanidad, se ponía una y otra vez del lado del opresor, me anulaba al ídolo.

Le Bon dice que la multitud exige de sus héroes la fuerza y la violencia; el amo tiene prestigio adquirido o personal, por su nombre o sus riquezas o su honorabilidad.

El dios tenía sus dioses: Fidel, Chávez y luego Maduro, aunque más tarde supimos que ese culto no siempre fue genuino, se transaba a precio de oro. Maradona al lado de sus ídolos daba la talla, se mostraba fascinado, asombrado, adulador, uno más del rebaño. Buscaba en sus héroes, respaldo, cuidado, como un niño que se refugia en sus mayores cuando ha hecho una pilatuna, así pasó en enero del año 2000.

Fidel fue el salvavidas que halló mientras surcaba la vida y la muerte; lo agradeció como sabe que lo haría cualquiera de sus fanáticos, tatuándose el rostro del líder cubano en su pierna izquierda, tal como cientos lo han hecho con él. Cuando Fidel murió, el dios reconoció la pérdida de su referente: “Fue muy chocante y muy terrible porque Fidel fue como mi segundo padre”. Y es que esos, sus mayores, sus héroes, lo ponían en la escala terrenal, fuera de ese halo de adoración suprema en la que lo ven sus feligreses y por varias décadas lo hizo el planeta fútbol.

El féretro hecho carnaval, horas y horas al sol, fue resguardado en el Cuartel de la Montaña, doce días después del anuncio. El cadáver, aún tibio, de Hugo Chávez, se convirtió en la mejor estrategia de marketing política para Maduro. Filas y filas y filas para ver por escasos 30 segundos el cuerpo inflamado del “comandante supremo y eterno”. El extenso funeral de estado, el paseo necrológico por Caracas, la corta y precipitada campaña electoral, la herencia decretada cuatro meses, el control del Consejo Nacional Electoral, todo para asegurarse el poder, y como si esto no fuera suficiente, el dios se sumó al show pre-electorero.

Maradona luce una guayabera blanca, acompañado de otra rubia, su novia, en el Cuartel de la Montaña disparan un débil cañonazo; un coro escuálido canta “Chávez vive, la lucha sigue”. El dios se disculpa

por no asistir al velorio, un mes antes. Le da un espaldarazo a Nicolás y evoca una anécdota que suma bolívares al mito; recuerda el año 2005 en Mar del Plata, Argentina, cuando el militar lo invitó a “enterrar” el acuerdo comercial ALCA. “En la cancha de Mar del Plata empezó a llover y él dijo que dijéramos unas palabras y sopláramos tres veces para el cielo para que dejara de llover y hicimos todo lo que dijo él y a los diez minutos salió el sol”. Maradona cuenta la historia con una sonrisa en su mirada, con el convencimiento que tendría un niño al narrar una aventura mágica, pero el “milagro” no era original de Chávez sino de una líder indígena que le dijo qué hacer al presidente.

Fue en ese encuentro cuando el pelusa jugó de suplente en un equipo de reconocidos políticos, dirigidos por Hugo Chávez. La cruzada bolivariana hilvanada por el militar para unir los países del sur fue el escenario, a casa llena, en el que el dios debutaba en la política, a lo grande. El soldado, el militante, acostumbrado a defenderse y someter, hizo parte del Tren del Alba que Chávez dirigía contra EEUU. El dios agitando la fanaticada sentenció: “La Argentina es digna, echemos a Bush”. La frenética ovación y el abrazo paterno del líder venezolano lo situaba entre lo divino y lo humano; un héroe más; un hincha más.

“A mí me gustan las mujeres, pero salí enamorado de Chávez”, una confesión de amor desinteresado que luego se convertiría en una poderosa moneda de cambio.

El dios, custodiado por el chavismo, baila canta, salta, en una tarima incrustada entre una “dolida” marea humana. Enfundado en una camisa roja con su nombre y el número diez; la gorra tricolor de la bandera chavista, la de ocho estrellas (Chávez le agregó una más), reparte besos; celebra como si hubiera anotado un gol. Estamos a tres días de las elecciones presidenciales en Venezuela, Maduro funge como presidente encargado, el elegido, el huérfano. Las encuestas chavistas dicen que ganará, las opositoras que perderá, las indepen-

dientes dudan. El duelo se pacta muy justo, el nuevo héroe del dios vence por escasos 233.935 votos con todos los poderes bajo su control.

Le Bon dice que el individuo integrado en la multitud carece de sentido crítico, es influenciable, no conoce dudas ni incertidumbres.

El testamento de Chávez se tasaba en producción de petróleo a la baja, crisis en los precios internacionales, escasez de productos básicos en aumento, hegemonía mediática y un país dividido, que en manos del heredero se apresuró al colapso. Pero la falta de sentido crítico, la filiación ideológica del dios además de los ingentes contratos encandilaron su juicio. Maradona siguió visitando a Maduro y engordando sus bolsillos en nombre de la revolución.

En febrero de 2014, el dios de rojo, publicó un video en el que juró lealtad a Maduro “Yo estoy dispuesto a ser un soldado de Venezuela para lo que manden”, al tiempo firmaba un millonario contrato como comentarista para el Canal Telesur, pagado con dinero público.

El dios mercader

El apoyo a Maduro se fue fortaleciendo en discursos públicos, entrevistas, mensajes en redes sociales y petrodólares, porque no sólo eran los contratos como comentarista, el dios se convirtió en un comisionista, no de jugadores, eso no da réditos en un país beisbolero, recibía millonarios pagos en moneda estadounidense y hasta oro, por venta de materias primas esenciales, alimentos, commodities. El dios tenía sus representantes, él sólo aparecía para arengar contra el imperialismo y cualquier otro enemigo de su nuevo jefe.

Es noviembre de 2017, el dios camina despacio, habla con Maduro, se le ve reposado, el rojo ya hace parte de su vestuario, luce más político. Se sienta en la mitad de la mesa en el Salón Carabobo del Círculo Militar en Caracas, a liderar la reunión con los gobernadores chavistas. Se le escucha con voz cansada, como si le costara hablar. Repite la historia del “milagro” de Chávez del 2005 en Mar del

Plata, dice que estando en Dubái, lejos de la patria, cuando escucha noticias malas de Venezuela se va para la playa y todo esto lo dice con un contrato calentito en el bolsillo: la renovación con Telesur para el Mundial Rusia 2018. Al día siguiente, posan de nuevo ante las cámaras, con ropa deportiva, el dios enfundado en la camiseta vinotinto, se lanzan unos toques suaves. El presidente venezolano se ve como el ex jugador y Maradona como el político. Jadea, como pidiendo más aire para emitir palabras, se esfuerza, saca un grito “viva a Maduro, somos todos soldados de Nicolás”.

Es mayo de 2018, con todos los poderes controlados; manifestantes asesinados por las fuerzas del orden y colectivos; más de 300 presos políticos; opositores y disidentes amenazados e inhabilitados; una evidente violación de derechos humanos; las sanciones impuestas por EEUU; una creciente crisis migratoria sin precedentes y el colapso de la economía, Maduro se lanza a la reelección. Al ritmo de un pegajoso reguetón, el dios sacude los hombros, mueve las caderas, ondea una bandera venezolana y banca al dictador. Es el cierre de la campaña que lo enfrenta a rivales escogidos a su medida y una histórica abstención. La casa gana, la casa invita. Maduro se atornilla al cargo por seis años más; Maradona asegura la renovación de su fichaje.

Es marzo de 2019, el dios emula a su nuevo referente, conduce el bus del equipo unos cuantos metros, como la ha hecho Maduro muchas veces en Venezuela. Dorados de Sinaloa gana esa tarde y en la sala de prensa, sin reflejos ni agilidad se resbala al borde de la silla; logra sentarse y de nuevo lanza un discurso antiimperialista: “Este triunfo se lo quiero dedicar a Nicolás Maduro y a toda Venezuela, están sufriendo que los sheriffs del mundo, que son estos yankees, se creen que por tener la bomba más grande del mundo creen van a poder llevarnos por delante”. Lo sanción por su irreverencia vale la pena, el dios victimizaba al victimario, generaba titulares en el mundo y logra que el foco se ponga en Venezuela.

Nos metemos en el ojo del huracán, es enero de 2020, la pandemia flota en el aire, acecha. Asia se repliega, Europa desconoce su alcance, América la ve como una noticia lejana. Es la última imagen juntos, al menos la que conocemos. De Versace negro, short azul y andar macilento, el dios abraza a su “hermano”, los siete años de estrechos vínculos comerciales los han puesto en una relación de iguales. Maduro lo necesita para que le ayude a entrar comida y otros productos básicos y limpiar su imagen autoritaria a cambio de petróleo, dólares y oro y Maradona acumula millas y millones en nombre de ese eslogan revolucionario como lobista, intermediario y comisionista de la empresa italiana Casillo Commodities.

Un minuto diecisiete segundos, la imagen de una despedida; se abrazan, sonríen. Maduro le echa flores “te veo rejuvenecido, qué te hiciste”, el dios confiesa que no se ha operado, aunque su cara luce tersa y su abultado abdomen, ha disminuido. En otro plano, el dios masculla bajito, parsimonioso, se dan un apretón de manos. “Estamos peleando contra el más grande del mundo, dicen ellos, como corazón, no tienen corazón, pero... hasta la victoria siempre”. Le costaba hablar fluido, pero no le costaba cobrar. Lo que se supo después, es que cada gesto, cada respaldo, fue retribuido en cientos de miles de dólares. Una verdadera revolución social.

Al morir, Maduro elogió su magnánimo afecto “nos ayudó en algunas cosas secretas para traer alimentos para el pueblo de Venezuela, eso lo puedo decir hoy”.

El dios fue tan dios que se entrevistó así mismo, confesó que la droga era su más duro rival, reveló el epitafio que le gustaría en su tumba, reflexionó sobre la vida y sus culpas, todo esto, quince años antes de morir.

¿A cuántos Maradonas conocimos? En 60 años se pueden vivir muchas vidas. Yo me quedo con esos escasos, pero mágicos 8 años de gloria en los que hablaba con su juego, seguía su instinto, con pasión,

irreverencia, vivacidad y apetencia. Los otros Maradonas, sobre todo el chavista-madurista-comisionista, típico personaje de una serie de gánsteres, que terminó convirtiéndose en todo lo que odiaba, a ese prefiero olvidarlo.

La poética del dios se mantuvo en la cancha y tuvo destellos fuera de ella. Maradona dijo en una entrevista en el 2005 que no quería ser un ídolo, ni ejemplo de nadie. Pero en la vida no siempre se es lo que se quiere, y muchas veces no se quiere lo que se es.



El 10 entre el cielo y el infierno

Por: María Fernanda Jaramillo González.

No siempre tocar la fama es alcanzar el cielo, se puede igual descender al infierno y esa pudo ser la paradoja de un hombre de baja estatura, de extracción humilde, al que su dios le entregó un tesoro: sus piernas para gambetear como solo él sabía. No había estadio que no tuviera lleno total, solo para verlo.

Logró ser amado, idolatrado por muchos, creería que, odiado por pocos, pero aun así dejó que habitaran en él demonios difíciles de arrancar y uno de ellos, la drogadicción, le jugó malas pasadas, tanto así que finalmente le ganó el partido a la vida.

En una de sus crisis, buscó refugio para mejorar su salud en Cuba; los médicos tratantes acuden de varios lugares del mundo, entre ellos profesionales caleños, expertos en tratamientos para adelgazar, pero en tanto su crisis persistía, invitan a Edward González, quien asume el reto de desintoxicar el lastimado cuerpo del glorioso jugador argentino.

Refiere el galeno que, al llegar a Cuba tuvo el primer impacto, no esperaba encontrar un recibimiento cual si fuera un diplomático, escoltado por un hombre de seguridad que lo recibe con un saludo: ¿Es usted el doctor González, médico de Diego Armando Maradona?, se sorprendió con la pregunta, y con asombro la respondió. Por otro lado, escucha una voz que le dice: “acompañeme por aquí”,

No hubo aduana, no sellaron pasaporte, sencillamente lo invitaron a subirse a una limosina negra Mercedes Benz, algo antigua pero bella, que estaba parqueada en la pista del aeropuerto. Aquel

momento logró confundirlo, no era fácil llegar al régimen de Fidel, no pasar por filtros seguridad y menos de tal manera, pero ya medía el poder que tenía el D10s en Cuba.

Por ahora otras preocupaciones eran su prioridad y que, aunque logró entretenerlas durante su recorrido al Centro Internacional de Salud la Pradera, con el paisaje de contrastes que posee La Habana deteriorada en su estética, pero hermosa en su percepción; la ciudad del malecón que logra refundirse con sus convulsas historias. Su mente parecía un rollo de película que rebobinaba sus recuerdos, pero volvía y caía en el compromiso adquirido cuando en Cali le ofrecieron hacer parte del grupo médico que atendería a Maradona, invitación que en principio recibió entre risa y broma y se preguntaba ¿será cierto?

Apuntaba su vista al horizonte. Y le permitía a su memoria reencontrarse con sus quince años, cuando pidió a sus padres un televisor nuevo para disfrutar el mundial del 82, junto con sus amigos y así acariciar ese placer que el fútbol suele dar. Se convirtieron durante un mes en directores técnicos, en comentaristas deportivos y todos coincidían que había nacido un crack del fútbol, ese jugador ágil, protagonista en el sub20 de Japón, se tornaría en el mejor jugador del mundo, leyenda segura hacia el futuro.

Se acercaba su llegada y ya no había tiempo para recuerdos, era el aquí y el ahora con el verdadero desafío de su profesión.

Traía un protocolo médico por las conversaciones ya sostenidas con el médico de cabecera Alfredo Cahe, un hombre entrado en años, de carácter recio, pero fraterno que con esmero velaba por la salud de Maradona, fue complicado ese panorama con el que se encontró; venía de una recaída y no aguantó el tratamiento inicial que le habían suministrado, tenía un grado tan alto de toxicidad que su cuerpo no respondía a tratamiento alguno; sus recomendaciones fueron modificar el tratamiento inicial.

Cuando Maradona charlaba con el doctor González, le dice con tranquilidad: ¿Pero decime médico, pretenden atacar la obesidad y dónde dejan mis adicciones que finalmente son mis principales enemigos?, pregunta que el médico compartió, pero le dejó ver que estaba allí para apoyarlo a salir de ese hueco al que había caído y desterrar esos demonios convertidos en la adicción por la comida, el alcohol, la cocaína y la marihuana.

En esa cita entre paciente y médico, no podía quedar en evidencia la ferviente admiración que sentía por el mejor jugador del mundo, igual no podía demostrar admiración alguna, asumió una actitud de poco interés por el fútbol, pero a cambio le mostró su compromiso total por trabajar en su recuperación física.

Para Maradona fue distinto, lo recibió con un fraterno saludo y aceptó estar en sus manos, entregando su confianza para lograr los mejores resultados.

Con nostalgia dice el médico: “Él quería recuperarse, pero sucumbieron a sus propias fuerzas, esos diablos que difícilmente le permitían avanzar”. Tenía altibajos, picos de ansiedad y un reloj biológico completamente desajustado, dormía la mañana entera, su día comenzaba a las 5 pm y pretendía que las consultas fueran a la 1:30 a.m., para lo cual, no encontró eco, de manera firme le dijo: “Yo trabajo consulta no urgencias, ese no es mi horario de atención”. Finalmente lograron acuerdos y entre 8 de la noche y máximo 11 pm, estaría la atención médica.

Ese vaivén emocional de Maradona evocaba el de un muchacho mal criado al que poco le gustaban las normas, pero que finalmente sucumbía. Al mes y medio del tratamiento, tuvo un duro bajonazo, y las reglas cambiaron, tanto así que el médico Edward comenta que tuvo que ponerse firme y decirle: “Tú decides continuamos o no ha pasado nada y me voy, porque lo que yo estoy haciendo no tendrá resultado con tu actitud”. Guillermo Coppola y Ángel Bridge, ma-

nejadores del astro argentino, le recordaron que deseaban volverlo a tener de vuelta en envidiable condición física, además pensando en el partido de despedida.

Su oscilación entre la resignación y el capricho era evidente, pero para el pelusa, parecía no ser ciento el canto de Carlos Puebla: “Y se acabó la diversión, llegó el comandante y mandó a parar”, sus excesos no se medían ni aún en la isla de José Martí, donde había decidido llegar por voluntad propia. Lograba escabullir a quienes velaban por su salud y entraba en el desenfreno, poniendo como cómplices el mar, la brisa y la noche que acolitaban sus estados lujuriosos y excéntricos.

Veintiséis visitas a Cuba en un año fueron suficientes para que el médico Edward, lograra que el Barrilete Cósmico, pasara de 118 a pesar 88 kilos, su estado de salud era favorable, se creía que el objetivo estaba dado, disfrutó diez y ocho meses limpio, sin consumos y excesos, jugó el partido en su

Ya pasado un tiempo, deseaba un chequeo médico y nuevamente retomar el tratamiento, pero la mala decisión de querer venir a Cali a la llamada sucursal del cielo, que propiamente para él, sería la del infierno. Con ese rotulo que allí se maneja sobre rumba, narcotráfico y excesos, no le fue ajeno para sucumbir nuevamente, además, contaba con amigos que le hicieron un gran “homenaje” y fue de un voltaje tan alto que el médico hoy considera que nuevamente esa estancia fue la puerta para entrar a ese laberinto oscuro y el final de lo que pudo ser y no fue, una verdadera recuperación.

Sin alejarnos del argot futbolero, Diego Armando Maradona, había quedado en fuera de lugar y la muerte le sacó tarjeta roja, pero la parca no del todo pudo, ya era tarde, con su irreverencia y el don que solo él tuvo para tocar el balón, logró immortalizarse en la memoria de quienes aman el fútbol.



Los autores



Rafael Araújo Gámez

(Santa Marta, 1942) es un periodista de radio, prensa y televisión que ha desarrollado su carrera profesional en la ciudad de Cali, en las cadenas radiales Caracol, RCN, Todelar, Grupo Radial Colombiano y en los periódicos El País y Occidente. Estudió Derecho en la Universidad Externado de Colombia y terminó sus estudios en la Universidad de San Buenaventura de Cali. Ha publicado dos libros de versos El correr de los días y Los versos del caminante; una novela ¡Baila, negro, baila!; una columna de crítica literaria Libromanía, en los periódicos El País y Occidente; Editorial Planeta le publicó un libro de cuentos ‘Relatos de pasión’ y actualmente prepara otro de relatos, ‘Historias sacrílegas’.



Hugo Mario Cárdenas López

Hugo Mario Cárdenas López es periodista egresado de la Universidad Santiago de Cali (USC), de donde se graduó con honores en octubre del 2005, y es especialista en Cultura de Paz y Derecho Internacional Humanitario de la Universidad Javeriana. Nació en Montenegro, Quindío, y labora desde hace 20 años en la redacción del diario El País, donde se desempeña como editor de la Unidad Investigativa. Por sus reportajes e investigaciones ha obtenido importantes reconocimientos nacionales e internacionales como el Premio Gabo de Periodismo Iberoamericano y el Premio Ipys Venezuela; Mención de Honor de la Conferencia Latinoamericana de Periodismo de Investigación, el premio del Círculo de Periodistas de Bogotá y tres Premios Nacionales de Periodismo

Simón Bolívar, incluido el de Periodista del año, entre otros. Ha sido becario de los gobiernos de Israel y España, cubrió desde Egipto la llamada 'Primavera de los países árabes' y en los últimos años ha incurrido en los campos de la escritura como coautor del libro 'Gabriel Ochoa Uribe, el técnico más grande todos los tiempos' y ha hecho parte, en alianza con el canal Telepacífico, de los documentales Palomo, Ochoa y El Coloso.



Santiago Cruz Hoyos

Periodista, coautor del libro 'Pecoso, vida y anécdotas en el fútbol'. Actualmente es el editor de crónicas y reportajes del diario El País de Cali. Ganó el premio Simón Bolívar de Periodismo con la crónica 'No hay flores en la tumba de Andrés', el premio Alfonso Bonilla Aragón con 'Cannabis Tour', el premio regional Colprensa con 'La villa del cine', el premio del International Center For Journalists por el reportaje 'Cada 32 horas alguien muere en Cali en un siniestro vial'. Es egresado de la Universidad Autónoma de Occidente. Hincha del América.



Víctor Diusabá Rojas

Periodista y escritor bogotano, egresado de la Universidad de La Sabana, con máster en Claves del Mundo Contemporáneo de la Universidad de Granada (España). Ha sido jefe de la oficina de el diario El País de Cali en Bogotá, jefe de redacción de El Espectador, editor general de la agencia nacional de noticias Colprensa, editor del Grupo Nacional de Medios, Director de Semana.com, editor general de Semana Rural y consultor estratégico de comunicaciones del programas de cooperación internacional en Colombia. Columnista de opinión de El País de Cali, El Colombiano de Medellín, Vanguardia, El Universal de Cartagena, La Patria de Manizales y

La Opinión de Cúcuta, además de docente universitario. Autor, entre otros, de 'El 9 de abril, la voz del pueblo' (Planeta); 'La afición', premio literario de la Fundación Joselito de la comunidad de Madrid, España; 'Independiente Santa Fe, 60 años'; 'El toro de Lidia en Colombia'; 'El espía que compró el cielo' (Planeta) y 'Los beatos mueren a la cinco' (Ediciones B). Premio Simón Bolívar como integrante de equipo por mejor cubrimiento de noticia, terremoto del Eje Cafetero (El Espectador, 1999) y mejor portal periódico web Semana.com. Premio SIP a periodismo a fondo trabajo colectivo de Revista Semana sobre víctimas del conflicto en Colombia.



Francisco Henao Bolívar

Oriundo de Turbo y egresado de la Universidad Inpahu, de Bogotá. Trabajó en el diario La Tarde de Pereira y hace 29 años está en El País de Cali, donde hoy se desempeña como Sub-editor de Deportes. Ha cubierto finales de Copa Libertadores, seis eliminatorias mundialistas, nueve Copas América, dos Mundiales de Fútbol (uno Sub 20 y el de mayores en Rusia 2018). Escribió el libro 'El show del cóndor', homenaje al desaparecido ex arquero Miguel Calero, y fue coautor del libro 'Pecoso, vida y anécdotas en el fútbol'. Participó en la investigación del documental 'El Coloso', sobre la vida de Freddy Rincón.



César Polanía

Comunicador social y periodista caleño, egresado de la Universidad Autónoma de Occidente, donde se desempeña como docente del programa de Periodismo. Realizó estudios de Literatura en la Universidad del Valle. Editor de Deportes del diario El País de Cali, donde trabaja desde hace 27 años. Premio Nacional de Periodismo Ambiental Amway con la investigación 'Lixiviados envenenan al río

Cauca'. Premio Mejor Periodista Deportivo de Cali, otorgado por la Alcaldía. Autor de los libros 'Gabriel Ochoa Uribe' y 'Los ángeles del Diablo'. Investigador y realizador de los documentales 'Palomo', 'Ochoa' y 'El Coloso'. Tallerista de redacción y ortografía, y corrector de estilo.



Gerardo Quintero Tello

Nació en Cali en un barrio popular donde confluía toda la sonoridad afroantillana proveniente del Obrero, San Nicolás, Santander, El Popular y el Porvenir y donde los duelos musicales más sonados eran entre Daniel Santos y Bienvenido Granda. Periodista, escritor, conferencista, columnista, docente y difusor cultural. Su pasión por la música nació desde muy temprano, al lado de su familia materna que portaba las guarachas y sones heredados del abuelo Liborio Tello. Desde los diferentes ámbitos periodísticos en los que ha desempeñado su labor profesional se ha preocupado por mantener el legado musical concedido por sus mayores y promover la historia rítmica de la ciudad. Durante su extensa trayectoria en el diario más importante de la región, El País, pudo conocer de cerca el desarrollo cultural de la ciudad, además de compartir con decenas de colegas, artistas, investigadores y gestores que lo inspiraron y sumaron al conocimiento para finalmente llegar hasta la elaboración del libro, 'Ecuajey, historias salseras de rumba y nostalgia caleña', lanzado en el 2022.

En el Noticiero 90 Minutos conduce una sección semanal dedicada a exaltar la salsa y sus cultores y lidera la única página web de un medio de comunicación masivo consagrada a esta expresión musical. También como docente de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Occidente, su alma máter, ha tenido la oportunidad de compartir conocimientos con sus estudiantes, conocer de cerca las

nuevas sonoridades y difundir entre los más jóvenes la necesidad de sostener un legado que identifica la caleñidad.

Desde su tribuna ha desarrollado crónicas, perfiles, historias, entrevista y reportajes relacionados con la esencia del barrio, esa música que entró a la ciudad en los albores del siglo pasado y que se convirtió en una huella de Cali. Gerardo también hace parte del colectivo de comunicadores salseros y con Gary Domínguez, el DJ Errante, de la Casa Latina, convoca el primer viernes de cada mes un 'Junte salsero' que apunta a sostener una tradición rítmica y promover en las nuevas generaciones esta historia musical. Igualmente, ha hecho parte del Comité Conceptual para la puesta en marcha del Encuentro de Melómanos y Coleccionista que se realiza en la Feria De Cali cada año.



Carmen Andrea Rengifo Gómez

Periodista y escritora caleña, egresada de la UNAD con Máster en Creación Literaria de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona de España y Máster en Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla, España. Ha sido corresponsal de televisión, radio, prensa, digital y redes sociales para medios de Colombia, Venezuela, España y otros países de Europa. Presidió la Asociación de Prensa Extranjera, APEX, de Venezuela. Ganadora del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría Mejor Reportaje Deportivo en Televisión. Ganadora de la Beca Programa Nacional de Estímulos del Ministerio de Cultura de Colombia, año 2021 por obra Inédita con el libro *Las Sombras Rojas*. Texto híbrido de poesía en prosa, microrrelatos, crónicas y aforismos, publicado en febrero de 2022. Conferencista, tallerista, docente de periodismo, escritura. Creadora del Taller Técnicas Prácticas de Escritura para Sanar-te.



María Fernanda Jaramillo G.

Directora de publicaciones de la Universidad Libre Cali, con 31 años en el ejercicio editorial. Los trabajos realizados desde el área académica y de investigación, le han permitido la coordinación de más de 500 textos académicos a lo largo de su carrera. Coordinó cinco Cumbres Nacionales por la Paz, producto de ellas se editaron Los Cuadernos de Paz. Actualmente apoya la edición del Libro de Oro de la Academia de Historia del Valle del Cauca de la cual hace parte. Trabaja por la visibilidad y difusión del conocimiento desde el texto universitario en la búsqueda de generar redes que impacten la investigación universitaria; trabajo realizado con trece universidades que conforman el Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP). Actualmente se encuentra adelantando dos investigaciones sobre el conocimiento de la historia que tiene la población del Valle del Cauca y la Oralidad y Escritura de los jóvenes de Buenaventura, Juanchaco y Ladrilleros. Desde su ejercicio como editora ha acompañado a escritores como Rafael Araújo Gámez en la publicación de Libromania 1 y 2 y Baila Negro Baila; Cali en tinieblas a la luz de todos y Cali Distrito Espacial de José Reinelio Sepúlveda Meek y Guerras y Tumbas (en construcción) de Libardo Orejuela Díaz, entre otros.



Agradecimientos especiales a GEUP, Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico, aliados de la Feria Internacional del Libro de Cali y quienes hicieron posible la diagramación e impresión de este libro.



